

CALLE DE SENTIDO ÚNICO

WALTER BENJAMIN

La prosa breve de Walter Benjamin hace mucho tiempo que forma parte del canon de los clásicos modernos. Ya se trate de un sello, de una alfombra persa o de un tiovivo, incluso los fenómenos más insignificantes pueden ser objeto de la famosa imaginación intelectual de Benjamin, en busca de una comprensión más profunda del siglo XX. En cada fragmento de esta obra se perciben las amenazas y catástrofes de la época… pero, al mismo tiempo, también la esperanza profunda de que todo sea, algún día, distinto y mejor.

En la época actual en la que se publican con profusión las obras de pensadores fundamentales como Walter Benjamin, resulta muy oportuna la aparición de esta pequeña, pero gran obra, pues puede convertirse en un camino iniciático para entrar en el complejo pensamiento del gran filósofo alemán, cuyas reflexiones iluminan nuestro tiempo.



Walter Benjamin

Calle de sentido único

ePub r1.1
Titivillus 30.06.15

Título original: *Einbahnstraße*
Walter Benjamin, 1928
Traducción: Alfredo Brotons Muñoz
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota a la presente edición

A finales de 1924 se le ocurrió a Walter Benjamin la idea de reunir en un libro los aforismos que iba escribiendo durante años. Así es como nació este libro, titulado en alemán *Einbahnstraße*. Lo terminó en septiembre de 1926 y se publicó por primera vez en Alemania en enero de 1928.

El traductor ha utilizado las ediciones alemanas de Suhrkamp Verlag (1955) y Fischer (2011) de la obra. Todas las notas a pie de página que aparecen en la presente edición son del traductor.

Esta calle se llama
calle de Asja Lacis[1]*,*
nombre de aquella que,
cual ingeniero, la abrió
en el autor.

Gasolinera

En estos momentos, la construcción de la vida se halla mucho más bajo el dominio de hechos que de convicciones. Y ciertamente de una clase de hechos que casi nunca ni en lugar alguno han constituido la base de convicciones. En estas circunstancias, la verdadera actividad literaria no puede aspirar a desenvolverse en el marco literario: esta es más bien la expresión usual de su infructuosidad. La eficacia literaria significativa solo puede nacer del riguroso intercambio entre acción y escritura: ha de plasmar, en folletos, opúsculos, artículos periodísticos y carteles, las modestas formas que corresponden mejor a su influencia en comunidades activas que el pretencioso gesto universal del libro. Solo este lenguaje instantáneo se muestra activamente a la altura del momento. Las opiniones son al gigantesco aparato de la vida social lo que el aceite a las máquinas: nadie se sitúa delante de una turbina y la inunda de lubricante. Uno vierte un poco en roblones y juntas ocultos que se han de conocer.

Sala del desayuno

Una tradición popular desaconseja contar sueños por la mañana en ayunas. De hecho, en ese estado quien se ha despertado sigue todavía en el círculo mágico del sueño. Pues las abluciones no sacan a la luz más que la superficie del cuerpo y sus funciones motrices visibles, mientras que en los estratos más profundos, también durante la purificación matutina, la gris penumbra onírica persiste, es más, se consolida en la soledad de la primera hora de vigilia. Quien, sea por temor a las personas, sea por mor del recogimiento íntimo, rehúye el contacto con el día, no quiere comer y rechaza el desayuno. Evita así la ruptura entre mundo nocturno y diurno. Una precaución solo justificada por la combustión del sueño en un trabajo matutino concentrado cuando no en la oración, pero que de otro modo conduce a una confusión de los ritmos vitales. En esta situación el relato de sueños es infausto, pues la persona, aún a medias confabulada con el mundo onírico, lo traiciona en sus palabras y no puede por menos de esperar la venganza de este. En términos más modernos: se traiciona a sí mismo. Ha dejado atrás la protección de la ingenuidad onírica y queda desamparado al rozar, sin superioridad, sus visiones oníricas. Pues solamente desde la otra orilla, desde el pleno día, puede abordarse el sueño desde el superior recuerdo. Este más allá del sueño solo es alcanzable en una purificación análoga a las abluciones pero totalmente distinta de estas. Pasa por el estómago. Quien está en ayunas habla de los sueños como si hablara en sueños.

N.º 113

Las horas que contienen la forma
han transcurrido en la casa de los sueños.

Sótano

Hace tiempo que hemos olvidado el ritual según el cual se construyó la casa de nuestra vida. Pero cuando se la ha de tomar por asalto y ya caen las bombas enemigas, qué de antiguallas esmirriadas y extravagantes no ponen estas al descubierto entre los cimientos. Qué no se enterró y sacrificó, todo entre fórmulas de encantamiento, qué espantoso gabinete de rarezas allá abajo, donde a lo más cotidiano le están reservados los pozos más profundos. En una noche de desesperación me vi en sueños renovando calurosamente amistad y fraternidad con el primer camarada de mis años escolares, al que hace décadas que ya no veo y del que tampoco me había acordado casi nunca en todo ese tiempo. Pero al despertar lo vi claro: lo que la desesperación había sacado a la luz como una detonación era el cadáver de ese hombre allí emparedado y que debería hacer que quien alguna vez viva aquí no se le asemeje en nada.

Vestíbulo

Visita a la casa de Goethe[2]. No recuerdo haber visto habitaciones en el sueño. Era una sucesión de corredores enlucidos como en una escuela. Dos visitantes inglesas ya mayores y un empleado son los comparsas del sueño. El empleado nos invita a registrarnos en el libro de entradas abierto sobre un pupitre junto a una ventana al final de un pasillo. Cuando me acerco, al ojearlo

encuentro mi nombre ya anotado con letra infantil grande y desmañada.

Comedor

En sueños me vi en el gabinete de trabajo de Goethe. No se parecía en nada al de Weimar[3]. Ante todo, era muy pequeño y solo tenía una ventana. A la pared de enfrente estaba adosada por su lado estrecho la escribanía. Sentado ante ella escribía el poeta a edad muy avanzada. Yo me hallaba a un lado, cuando él se interrumpió y me dio como obsequio un jarroncito, una vasija antigua. Lo hice girar entre las manos. En la habitación hacía un calor tremendo. Goethe se levantó y pasó conmigo a la estancia contigua, donde se había dispuesto una larga mesa para mis parientes. Pero parecía calculada para muchas más personas de las que estos contaban. Sin duda estaba también puesta para los ancestros. Tomé asiento junto a Goethe en el extremo derecho. Concluida la cena, él se levantó con dificultad, y con un gesto le pedí permiso para sostenerlo. Al tocarle el codo me eché a llorar de emoción.

Para hombres

Convencer[4] es infructuoso.

Reloj regulador

Para los grandes las obras concluidas son menos importantes que aquellos fragmentos en los que el trabajo les lleva toda su vida. Pues solo al más débil, al más disperso, le produce una alegría incomparable la conclusión, y se siente con ello devuelto a la vida. Al genio cualquier cesura, los más duros golpes del destino, le sobrevienen como el dulce sueño en el celo de su taller. Y el círculo mágico de este él lo traza en el fragmento. «El genio es celo[5]».

¡Vuelve! ¡Todo perdonado!

Como uno que hace molinos en la barra fija, así de chaval hace uno mismo girar la rueda de la fortuna de la que tarde o temprano sale el premio gordo. Pues únicamente lo que ya sabíamos o practicábamos a los quince constituye un día nuestra *attrativa*[6]. Y por eso a una cosa nunca se puede poner remedio: no haber escapado a los padres de uno. A las cuarenta y ocho horas de intemperie, a esa edad se forma como en una solución alcalina el cristal de la felicidad de toda la vida.

Vivienda de diez habitaciones lujosamente amueblada

El estilo mobiliario de la segunda mitad del siglo XIX únicamente lo ha descrito y analizado satisfactoriamente a la vez cierta clase de novelas policíacas en cuyo centro dinámico se halla el terror provocado por la casa. La disposición de los muebles es al mismo tiempo el plano de las trampas mortales, y la serie de habitaciones prescribe a la víctima el trayecto de su huida. Que precisamente esta clase de novela policíaca comience con Poe[7] —es decir, en una época en la que apenas quedaban ya viviendas de ese tipo— no prueba nada en contra. Pues sin excepción los grandes escritores ejercen su arte combinatorio en un mundo que viene tras ellos, tal como las calles parisinas de los poemas de Baudelaire[8] no existieron sino después de 1900, ni tampoco antes los personajes de Dostoievski[9]. El interior burgués de los años sesenta a noventa, con sus gigantescos aparadores rebosantes de tallas de madera, los rincones sin sol donde se alza la palmera, el balcón parapetado por la balaustrada y los largos corredores con la cantarina llama de gas, solo al cadáver le resulta adecuado como morada. «En este sofá la tía solo puede ser asesinada». La inánime opulencia del mobiliario únicamente se vuelve verdadera comodidad ante el cadáver. En las novelas policíacas, mucho más interesante que el Oriente paisajístico es ese opulento Oriente de sus interiores: la alfombra persa y la otomana, el candil y la noble daga caucasiana. Tras los pesados *kelims*[10] arregazados, el dueño de la casa celebra sus orgías con los títulos bursátiles, puede sentirse un mercader oriental, un pachá embustero en el *kanato*[11] del embuste, hasta que una hermosa tarde esa daga de vaina plateada sobre el diván ponga fin a su siesta y a él mismo. Este carácter de la vivienda burguesa que tiembla esperando al asesino anónimo como una vieja

lasciva al galán lo captaron algunos autores a los que, en cuanto «escritores de novelas policíacas» —tal vez también porque en sus obras se plasma una parte del pandemónium burgués—, se les han negado los honores merecidos. De lo que aquí se trata lo pusieron de relieve Conan Doyle[12] en obras aisladas y la escritora A. K. Green[13] en una gran producción, y con *El fantasma de la ópera*, una de las grandes novelas sobre el siglo XIX, Gaston Leroux[14] contribuyó a la apoteosis de este género.

Productos chinos

En estos días nadie debe empeñarse en lo que «sabe hacer». La fuerza estriba en la improvisación. Todos los golpes decisivos se darán con la mano izquierda.

Un portón se abre al comienzo de un largo camino que conduce cuesta abajo a casa de…, a quien yo visitaba todas las tardes. Desde que ella se mudó, la abertura del arco del portón quedó ante mí como el pabellón de una oreja que ha perdido el oído.

No hay manera de que un niño en camisón de dormir salude a una visita que entra. Los presentes, desde su superior posición moral, intentan en vano persuadirle para que venza su mojigatería. Minutos después se presenta, esta vez en cueros, ante el visitante. Mientras tanto se había lavado.

La fuerza de la carretera es distinta si uno la recorre a pie o la sobrevuela en aeroplano. Así, también la fuerza de un texto es distinta si uno lo lee o lo transcribe. Quien vuela solo ve cómo la calzada se desliza por el paisaje, se devana ante sus ojos según las mismas leyes que el terreno circundante. Solo quien recorre la carretera a pie advierte el poder de esta y cómo justamente de ese terreno que para el aviador no es más que una llanura desplegada hace surgir en cada una de sus curvas lejanías, miradores, calveros y perspectivas, lo mismo que la voz del oficial soldados de una fila. Solamente el texto transcrito da órdenes así al alma de quien se ocupa de él, mientras que el mero lector nunca descubre las nuevas vistas de su interior tal como el texto, esa calzada que atraviesa su cada vez más densa selva virgen interior, las va abriendo: porque el lector obedece al movimiento de su yo en el libre espacio aéreo del ensueño, pero el transcriptor se deja mandar. De ahí que la copia china de libros fuera una garantía incomparable de cultura literaria y la transcripción una clave para los enigmas chinos.

Guantes

En la aversión a los animales la sensación dominante es el temor a que nos reconozcan al tocarlos. Lo que se asusta profundamente en el hombre es la oscura consciencia de que en él vive algo tan poco ajeno al animal inspirador de la aversión que este puede reconocerlo. —Toda aversión es en origen aversión al contacto. Incluso cuando uno se sobrepone a este sentimiento, solo es mediante gestos bruscos, desmesurados: el objeto de aversión es violentamente estrujado, devorado, mientras que la zona del más tenue contacto epidérmico resulta tabú. Solo así cabe satisfacer la paradoja de la exigencia moral que requiere del hombre simultáneamente la superación y el más sutil cultivo del sentimiento de aversión. No puede negar su parentesco bestial con la criatura a cuyo reclamo responde su aversión: ha de dominarla.

Embajada mexicana

Je ne passe jamais devant un fétiche de bois,
un Bouddha doré, une idole mexicaine sans me dire:
C'est peut-être le vrai dieu[15].

Charles Baudelaire

He soñado que estaba en México como miembro de una expedición científica. Tras medir una selva virgen de altos árboles, llegamos a un sistema de cuevas a flor de tierra en la montaña, donde desde los tiempos de los primeros misioneros se había mantenido hasta ahora una orden cuyos hermanos continuaba la labor de conversión entre los nativos. En una gruta central inmensa y rematada en punta a la manera gótica se estaba celebrando un servicio divino según el más antiguo rito. Entramos y presenciamos su fase culminante: ante un busto de madera de Dios Padre que se mostraba instalado a gran altura en alguna parte de una pared de la cueva, un sacerdote alzaba un fetiche mexicano. Entonces la cabeza divina se movió negando tres veces de derecha a izquierda.

Estas plantaciones se encomiendan a la protección del público

¿Qué se ha «resuelto»? ¿Todas las cuestiones de la vida vivida no han quedado atrás como un boscaje que nos impedía la visión? En talarlo, siquiera en aclararlo, difícilmente pensamos. Seguimos caminando, lo dejamos atrás y se lo puede vislumbrar desde lejos, pero indistinto, sombrío y tanto más misteriosamente enmarañado.

El comentario y la traducción se comportan con el texto como el estilo y la mímesis con la naturaleza: el mismo fenómeno bajo distintos enfoques. En el árbol del texto sagrado ambos no son sino las hojas eternamente rumorosas; en el árbol del profano, los frutos que caen a su debido tiempo.

Quien ama no se aferra solo a los «defectos» de la amada, no solo a los caprichos y las debilidades de una mujer; mucho más duradera e inexorablemente que cualquier belleza lo atan las arrugas en el rostro y las manchas en la piel, los vestidos raídos y un andar desigual. Ha mucho que se sabe esto. ¿Y por qué? Si es cierta una doctrina que dice que la sensación no anida en la cabeza, que una ventana, una nube, un árbol no los sentimos en el cerebro sino más bien en el lugar en que los vemos, también al contemplar a la amada estamos fuera de nosotros. Pero aquí torturadamente tensos y embelesados. Deslumbrada, la sensación revolotea cual una bandada de pájaros en el resplandor de la mujer. Y así como los pájaros buscan protección en los frondosos escondrijos del árbol, las sensaciones huyen a las arrugas umbrosas, los gestos sin gracia y las máculas discretas del cuerpo amado, donde se acurrucan seguras como en un escondrijo. Y ningún transeúnte adivina que es precisamente aquí, en lo imperfecto, censurable, donde anida, veloz como una flecha, el ímpetu amoroso del adorador.

Solar en obras

Cavilar pedantemente sobre la producción de objetos —medios visuales, juguetes o libros— apropiados para los niños es una necedad. Desde la Ilustración, esta es una de las especulaciones más mohosas de los pedagogos. Su enamoramiento de la psicología les impide reconocer que la tierra está llena de los objetos más incomparables para la atención y el ejercicio infantiles. De los más específicos. De hecho, los niños son particularmente propensos a frecuentar cualquier lugar en que se trabaje visiblemente con cosas. Se sienten irresistiblemente atraídos por los desechos generados por la construcción, la jardinería o el trabajo doméstico, la costura o la carpintería. En los productos de desecho reconocen el rostro que el mundo de las cosas les vuelve precisamente a ellos, a ellos solos. En ellos no tanto reproducen las obras de los adultos como, mediante lo que con ellos confeccionan en el juego, ponen unos junto a otros, en una nueva, veleidosa relación, materiales de muy diversa índole. Los niños mismos se forman con ello su mundo de cosas, uno pequeño dentro del grande. Las normas de este pequeño mundo de cosas deberían tenerse en cuenta si se quiere crear a propósito para los niños y no se prefiere dejar que sea la propia actividad, con todo lo que en ella es accesorio e instrumento, la que encuentre sola el camino hasta ellos.

Ministerio del Interior

Cuanto más hostil a lo tradicional sea un hombre, tanto más inexorablemente subordinará su vida privada a las normas que quiere elevar a legisladoras de un régimen social por venir. Es como si ellas, en ningún lugar todavía llevadas a la realidad, le impusieran la obligación de, al menos en su propio círculo vital, prefigurarlas. Sin embargo, el hombre que se sabe en consonancia con las más antiguas tradiciones de su estamento o de su pueblo, a veces pone ostentosamente su vida privada en oposición a las máximas que de modo implacable defiende en la vida pública y, sin la menor turbación de conciencia, aprueba en secreto su propia conducta como la prueba más concluyente de la inquebrantable autoridad de los principios por él profesados. Así se diferencia los tipos del político anarcosocialista y del conservador.

Bandera…

¡Cuánto más fácilmente se ama a quien se despide! Pues la llama arde más pura por quien se aleja, alimentada por la fugaz cinta de tela que ondea desde el barco o la ventanilla del tren. El alejamiento penetra como un colorante en quien se marcha, y lo impregna de un suave ardor.

… A media asta

Cuando se nos muere una persona muy allegada, en las evoluciones de los meses siguientes hay algo de lo que creemos observar que —por mucho que nos hubiera gustado compartirlo con ella— solo se ha podido desplegar gracias a su ausencia. Acabamos por saludarla en un idioma que ella ya no entiende.

Panorama imperial

Viaje por la inflación alemana

I. En el tesoro de esos giros lingüísticos con que un día tras otro se delata el modo de vida, una aleación de estulticia y cobardía, del burgués alemán, la de la catástrofe inminente —el «esto no puede seguir así»— resulta particularmente memorable. El desvalido apego a las ideas de seguridad y propiedad de las décadas pasadas impide a la persona corriente percibir las sumamente notables estabilidades de índole por entero nueva que se hallan a la base de la situación actual. Como la relativa estabilización de los años de preguerra le favorecía, cree que debe considerar inestable todo estado que lo desposea. Pero las condiciones estables nunca jamás es necesario que sean condiciones agradables, y ya antes de la guerra había estratos para los que las condiciones estabilizadas eran la miseria estabilizada. El declive no es en nada menos estable, en nada más prodigioso que el auge. Solo un cálculo que admita encontrar en la decadencia la única *ratio* del estado actual avanzaría del enervante estupor ante lo que se repite todos los días a la consideración de los fenómenos de declive como lo estable por antonomasia y únicamente lo salvador como algo extraordinario casi lindante con lo prodigioso e incomprensible. Las poblaciones de Europa Central viven como habitantes de una ciudad asediada a los que los víveres y la pólvora se les están acabando, y cuya salvación apenas hay ponderación humana que permita esperar. Un caso en el que la capitulación, tal vez incondicional, debería barajarse muy seriamente. Pero el poder mudo e invisible al que Europa Central se siente enfrentada no negocia. No queda, pues, nada más que, en la espera permanente del asalto final, no dirigir la mirada a nada más que a lo extraordinario, lo único que todavía puede salvar. Pero este requerido estado de atención intensa y sin quejas podría, puesto

que mantenemos un misterioso contacto con las fuerzas que nos tienen sitiados, producir realmente el prodigio. Por el contrario, la expectativa de que las cosas no pueden seguir así algún día se trocará por el convencimiento de que para el sufrimiento, tanto del individuo como de los colectivos, solo hay un límite que ya no se sobrepasa: la aniquilación.

II. Una paradoja curiosa: la gente solo tiene en mente el interés más mezquino cuando actúa, pero al mismo tiempo su conducta está determinada, más que nunca, por los instintos de la masa. Y, más que nunca, los instintos de la masa se han vuelto insensatos y extraños a la vida. Allí donde el impulso del animal —como incontables anécdotas cuentan— encuentra la escapatoria al peligro próximo que todavía parece invisible, esta sociedad en la que cada cual solamente tiene a la vista su propio bajo interés sucumbe, con la torpeza animal pero sin el torpe saber de los animales, como una masa ciega, a todos los peligros, aun los más inminentes, y la diversidad de las metas individuales se vuelve irrelevante frente a la identidad de las fuerzas determinantes. Una y otra vez se ha mostrado que su apego a la vida habitual ahora ha ya mucho perdida es tan obstinado que incluso ante el más drástico peligro impide la aplicación intrínsecamente humana del intelecto, la previsión. Tanto que en ella se completa la imagen de la estulticia: la inseguridad y hasta la perversión de los instintos vitales, y la impotencia y hasta la decadencia del intelecto. Esta es la disposición de ánimo de la totalidad de los burgueses alemanes.

III. Todas las relaciones humanas más estrechas se ven afectadas por una claridad penetrante, casi intolerable, ante la que apenas pueden subsistir. Pues estando por un lado el dinero arrasador en el centro de todos los intereses vitales y siendo por otro este precisamente la barrera ante la que casi toda relación humana fracasa, en lo natural tanto como en lo moral van desapareciendo cada vez más la confianza irreflexiva, la calma y la salud.

IV. No en vano se suele hablar de miseria «desnuda». Lo más funesto de su exhibición, que empezó a convertirse en costumbre bajo la ley de la necesidad y sin embargo solo hace visible una milésima de lo oculto, no es la compasión ni la consciencia igualmente terrible de la propia inmunidad que se despierta en el observador, sino la vergüenza de este. Imposible vivir en una gran ciudad alemana en la que el hambre obliga a los más miserables a vivir de los billetes con que los transeúntes tratan de cubrir una desnudez que les hiere.

V. «Pobreza no es vileza». Muy bien. Pero ellos sí envilecen al pobre. Lo hacen y le consuelan con la frasecita. Es de aquellas que otrora se podían aceptar, pero cuya fecha de caducidad llegó hace tiempo. No otra cosa sucede con aquel brutal «quien no trabaje que tampoco coma»[16]. Cuando había trabajo que daba de comer a su hombre, había también pobreza que no lo envilecía si se abatía sobre él por una mala cosecha u otro infortunio. Pero sí envilece sin duda esta indigencia en la que nacen millones y en la que se ven atrapados cientos de miles que empobrecen. La suciedad y la miseria crecen a su alrededor como muros construidos por manos invisibles. Y así como es mucho lo que el individuo puede soportar con respecto a sí pero siente una justa vergüenza si su mujer le ve soportarlo o lo sufre ella misma, así el individuo puede sufrir mucho mientras esté solo, y todo mientras lo oculte. Pero uno nunca puede hacer por su cuenta las paces con la pobreza si esta cae como una sombra gigantesca sobre su pueblo y su casa. Entonces debe estar alerta frente a cualquier humillación que se les inflija y someterlos a disciplina hasta que su sufrimiento haya abierto no ya el camino cuesta abajo de la aflicción, sino el sendero ascendente de la revuelta. Pero aquí no cabe esperar nada mientras todos y cada uno de los destinos más aterradores y oscuros, discutidos cada día e incluso cada hora por la prensa, expuestos en todas sus causas aparentes y en todas sus consecuencias aparentes, no ayuden a nadie al conocimiento de las oscuras potencias a las que su vida está sujeta.

VI. Al extranjero que sigue someramente la configuración de la vida alemana, que incluso ha recorrido el país en breve tiempo, sus habitantes no le parecen menos extraños que una raza exótica. Un francés ingenioso ha dicho: «Un alemán tendrá claridad sobre sí mismo en los casos más raros. Si alguna vez la tiene, no lo dirá. Si lo dice, no se hará entender». La guerra amplió esta desoladora distancia no solo por las atrocidades reales o legendarias que se han contado de los alemanes. Lo que más bien completa el grotesco aislamiento de Alemania a los ojos de otros europeos, lo que en el fondo crea en ellos la actitud de que tendrían que vérselas con hotentotes (como muy acertadamente se ha dicho esto), es la violencia, completamente incomprensible para quienes están fuera y totalmente inconsciente para el prisionero, con que en este escenario las circunstancias de la vida, la miseria y la estulticia someten a las personas a las fuerzas comunitarias, como solo la vida de cualquier primitivo es determinada por las leyes del clan. El más europeo de todos los bienes, esa ironía más o menos clara con que la vida pretende discurrir al margen de la existencia de la comunidad, sea cual sea, en que se ha visto arrojado, los alemanes lo han perdido por completo.

VII. Se está perdiendo la libertad de conversación. Si antes, entre personas que conversaban, se daba por descontado el interés por el interlocutor, ahora lo sustituye la pregunta por el precio de sus zapatos o de su paraguas. En toda tertulia entra inevitablemente el tema de las condiciones de vida, del dinero. Y no se trata tanto de las preocupaciones y sufrimientos de los individuos, en los que tal vez poco podrían ayudarse mutuamente, sino del examen del conjunto. Es como si se estuviera prisionero en un teatro y hubiera de proseguirse la pieza en escena, de grado o no; hubiera que hacer de ella una y otra vez, de grado o no, el objeto del pensamiento y de las palabras.

VIII. Quien no se sustraiga a la percepción de la decadencia no tardará en pasar a reivindicar una justificación particular para su permanencia, su actividad y su participación en este caos. Cuantas

más reflexiones sobre el fracaso general, tantas más excepciones para la propia esfera de acción, lugar de residencia y momento. La voluntad ciega de salvar el prestigio de la existencia personal más que de, gracias a la valoración soberana de su impotencia y su involucramiento, separarla al menos del telón de fondo de la ofuscación general se va imponiendo casi por doquier. Por eso está el aire tan lleno de teorías sobre la vida y concepciones del mundo, y por eso estas actúan entre nosotros de manera tan pretenciosa, pues al final casi siempre valen para la sanción de cualquier situación privada completamente trivial. Justamente por eso está también tan llego de quimeras y espejismos de un futuro cultural que pese a todo irrumpiría floreciente de la noche a la mañana, pues cada cual se compromete con las ilusiones ópticas de su punto de vista aislado.

IX. Los hombres apriscados en el redil de este país han perdido la vista para el contorno de la persona humana. Toda persona libre aparece ante ellos como extravagante. Imagínense las cadenas montañosas de los altos Alpes, sin embargo no recortadas contra el cielo sino contra los pliegues de un paño oscuro. Solo vagamente se dibujarían las poderosas formas. Exactamente del mismo modo ha cubierto el cielo de Alemania una pesada cortina, y ni siquiera vemos ya los perfiles de los grandes hombres.

X. El calor se está yendo de las cosas. Los objetos de uso cotidiano repelen suave pero persistentemente de sí al hombre. En suma, este ha de realizar diariamente un trabajo enorme para superar las resistencias secretas —y no solamente las abiertas— que se le oponen. La frialdad de estas él las tiene que compensar con el propio calor para que no lo congelen, y coger sus púas con infinita destreza para que no le hagan sangrar. De sus prójimos que no espere ayuda alguna. Revisores, funcionarios, artesanos y vendedores, todos ellos se sienten como representantes de una materia revoltosa cuya peligrosidad se empeñan en sacar a la luz mediante la propia rudeza. Y la tierra misma se conjura con la degeneración de las cosas con que, siguiendo a la decadencia

humana, lo castigan. Consume al hombre lo mismo que a las cosas, y la eternamente ausente primavera alemana no es más que una entre las innumerables manifestaciones similares de la naturaleza alemana en descomposición. En ella se vive como si por estos pagos la presión de la columna de aire cuyo peso cada cual soporta se hubiera hecho de repente sensible contra toda ley.

XI. Al despliegue de todo movimiento humano, brote este de impulsos espirituales o incluso naturales, le sale al paso la desmedida resistencia del entorno. La escasez de viviendas y el encarecimiento de los transportes están destruyendo por completo el símbolo elemental de la libertad europea, que en ciertas formas se da incluso en la Edad Media: la libertad de traslado. Y si la coacción medieval ataba al hombre a asociaciones naturales, ahora este está encadenado a una comunidad innatural. Poco fortalecerá tanto la infausta violencia del creciente impulso migratorio como el estrangulamiento de la libertad de traslado, y nunca ha estado la libertad de movimiento en mayor desproporción con la riqueza de los medios de locomoción.

XII. Lo mismo que todas las cosas, en un proceso incontenible de mezcla y contaminación, pierden su expresión esencial y lo ambiguo ocupa el lugar de lo auténtico, así también la ciudad. Las grandes ciudades, cuyo poder incomparablemente tranquilizador y corroborante encierra al creador en un alcázar de paz y, junto con la visión del horizonte, puede quitarle también la consciencia de las fuerzas elementales siempre alerta, se muestran en todas partes penetradas por el campo invasor. No por el paisaje, sino por aquello que la naturaleza libre tiene de más amargo, las tierras de labor, las carreteras, el cielo nocturno ya no velado por una vibrante capa roja. La inseguridad incluso de las zonas animadas pone por entero al habitante de la ciudad en aquella situación opaca y en sumo grado espantosa en la que, bajo las inclemencias de la llanura desierta, tiene que asimilar los engendros de la arquitectura urbana.

XIII. A las cosas fabricadas las ha abandonado por completo una indiferencia hacia las esferas de la riqueza y la pobreza. Cada una

marca con su sello al propietario, el cual no tiene más elección que aparecer como un pobre diablo o como un chanchullero. Pues mientras que incluso el verdadero lujo es de tal índole que el espíritu y la sociabilidad consiguen penetrarlo y relegarlo al olvido, los artículos de lujo que aquí se difunden exhiben una pesadez tan impúdica que toda irradiación espiritual se quiebra contra ella.

XIV. Desde los más antiguos usos de los pueblos parece alcanzarnos como una amonestación a evitar el gesto de codicia al aceptar lo que tan abundantemente recibimos de la naturaleza. Pues nosotros no podemos regalarle nada propio a la tierra madre. Por eso conviene mostrar respeto en el tomar, devolviéndole, aun antes de apoderarnos de lo nuestro, una parte de lo que continuamente recibimos. Este respeto se expresa en el antiguo uso de la *libatio*. Es más, tal vez sea esta antiquísima experiencia moral la que se ha mantenido transformada incluso en la prohibición de recoger las espigas olvidadas y rebuscar las uvas caídas, ya que estas son provechosas para la tierra o para los benéficos ancestros. Según el uso ateniense, la recolección de migajas durante la comida estaba vedada, porque pertenecen a los héroes. —Si alguna vez la sociedad, como consecuencia de la necesidad y la avidez, se degenera hasta el punto de que los frutos, a fin de ponerlos en el mercado ventajosamente, los arranque inmaduros y cada plato, solo para hartarse, deba vaciarlo, su tierra se empobrecerá y el campo dará malas cosechas.

Trabajos de ingeniería civil

Vi en sueños un terreno yermo. Era la plaza del Mercado de Weimar. Allí se estaban llevando a cabo excavaciones. También yo escarbé un poco en la arena. Entonces surgió la aguja de un campanario. Contentísimo, pensé: un santuario mexicano de la época del preanimismo, el *Anaquivitzli*. Desperté riendo. (Ana = ἀνά[17], *vi* = *vie*[18]; *witz*[19] = iglesia mexicana [!].)

Peluquero para damas meticulosas

Una mañana, sin decir nada hay que arrestar en sus camas a tres mil damas y caballeros del Kurfürstendamm[20] y mantenerlos detenidos durante veinticuatro horas. A medianoche se reparte en las celdas un cuestionario sobre la pena de muerte, se solicita también de sus firmantes que indiquen qué tipo de ejecución escogerían personalmente llegado el caso. Este documento tendrían que rellenarlo bajo clausura «como mejor supieran» quienes hasta ahora solían expresarse sin ser preguntados «según su mejor conciencia». Antes incluso del amanecer, sagrado desde siempre pero por estos pagos consagrado al verdugo, la cuestión de la pena de muerte se habría esclarecido.

¡Cuidado con los peldaños!

El trabajo en una buena prosa tiene tres peldaños: uno musical, en el que es compuesta; otro arquitectónico, en el que es construida; finalmente, uno textil, en el que es tejida.

Censor jurado de cuentas[21]

Lo mismo que en contraposición al Renacimiento en general, nuestra época está especialmente en oposición a la situación en que se inventó el arte de la impresión de libros. Sea o no un azar, la aparición de este en Alemania coincide con la época en que el libro en el sentido eminente de la palabra, el libro de los libros, se convirtió, gracias a la traducción de la Biblia por Lutero[22], en patrimonio del pueblo. Ahora todo parece indicar que el libro en esta forma tradicional está llegando a su fin. Mallarmé[23], viendo la verdadera imagen de lo que se avecinaba desde el centro de la cristalina construcción de su escritura ciertamente tradicionalista, en el *Coup de dés*[24] incorporó por vez primera las tensiones gráficas de la publicidad a la tipografía. Los experimentos tipográficos luego emprendidos por los dadaístas[25] no partían ciertamente de lo constructivo, sino de las exactas reacciones nerviosas de los literatos, y fueron por consiguiente mucho menos consistentes que la tentativa de Mallarmé, surgida del interior del estilo de este. Pero justamente esto permite reconocer la actualidad de lo, en su más hermético aposento, monádicamente descubierto por Mallarmé en armonía preestablecida con todos los acontecimientos decisivos de estos días en economía, técnica, vida pública. La escritura, que en el libro impreso había encontrado un asilo en el que llevaba su existencia autónoma, es inexorablemente arrastrada a la calle por los anuncios y sometida a las brutales heteronomías del caos económico. Este es el severo aprendizaje de su nueva forma. Si hace siglos comenzó a tenderse paulatinamente, pasando de la inscripción vertical al manuscrito que reposaba inclinado sobre los pupitres para finalmente acostarse en el libro impreso, ahora comienza a levantarse nuevamente del suelo con la misma lentitud. El periódico ya se lee más en vertical que en horizontal, el cine y la

publicidad imponen por completo la escritura a la dictadura de lo vertical. Y antes de que el contemporáneo llegue a abrir un libro, sobre sus ojos se abate un torbellino tan denso de letras mudables, coloridas, discordantes, que sus posibilidades de penetrar en el arcaico silencio del libro se han vuelto escasas. Las nubes de langostas de la escritura que ya hoy en día eclipsan el sol del presunto espíritu a los habitantes de las grandes ciudades se irán haciendo cada año más espesas. Otras exigencias del comercio llevan más lejos. El fichero trae la conquista de la escritura tridimensional, esto es, un sorprendente contrapunto a la tridimensionalidad de la escritura en su origen como runa o quipu. (Y hoy en día el libro ya es, como enseña el actual modo científico de producción, una mediación anticuada entre dos sistemas distintos de ficheros. Pues todo lo esencial se encuentra en el tarjetero del investigador que lo redactó, y el erudito que estudia en él lo va asimilando a su propio fichero). Pero no cabe duda alguna de que la evolución de la escritura no queda indefinidamente ligada a las ansias de poder de una actividad caótica en ciencia y economía; más bien se aproxima el momento en que la cantidad se transforme en calidad y la escritura, que cada vez se adentra más en el ámbito gráfico de su nueva plasticidad excéntrica, obtenga de golpe sus contenidos objetivos adecuados. En esta pictografía, los poetas, que entonces como en los tiempos más remotos serán en primer término y ante todo expertos en escritura, solo pueden colaborar si se abren los terrenos en los que (sin darse mucha importancia) se lleva a cabo su construcción: los del diagrama estadístico y técnico. Con la instauración de una escritura internacional móvil, renovarán su autoridad en la vida de los pueblos y hallarán un papel en comparación con el cual todas las aspiraciones a la renovación de la retórica resultarán rancias ensoñaciones.

Material didáctico

Principios de los mamotretos o El arte de hacer libros gruesos

I. Toda la exposición debe estar entreverada de la continua explicación detallada de la disposición.

II. Se han de introducir términos para conceptos que, fuera de esta definición, no vuelven a aparecer en todo el libro.

III. Las distinciones conceptuales fatigosamente adquiridas en el texto se han de volver a disipar en las notas a los pasajes en cuestión.

IV. De conceptos de los que solo se trata en su significado general se han de dar ejemplos: donde, por ejemplo, se hable de máquinas, se han de enumerar todas sus clases.

V. Todo lo que de un objeto consta *a priori* lo ha de corroborar una plétora de ejemplos.

VI. Las correlaciones gráficamente representables deben exponerse en palabras. En lugar de, por ejemplo, dibujar un árbol genealógico, todas las relaciones de parentesco han de pormenorizarse y describirse.

VII. Varios oponentes a los que sea común la misma argumentación han de ser refutados cada uno individualmente.

La producción media del erudito actual quiere ser leída como un catálogo. Pero ¿cuándo se llegará a escribir libros como catálogos? Si lo interior malo aflora de este modo al exterior, nace una excelente obra literaria en la que el valor de las opiniones lleva una cifra sin que por ello estén en venta.

La máquina de escribir solo enajenará del portaplumas la mano del literato cuando la precisión de las formas tipográficas intervenga inmediatamente en la concepción de sus libros. Presumiblemente serán entonces menester nuevos sistemas con configuración

tipográfica más variable. Sustituirán la mano corriente por la inervación de los dedos imperiosos.

Un periodo que, concebido métricamente, es posteriormente perturbado en un único punto en el ritmo hace la más bella frase en prosa que quepa pensar. Así, por una pequeña brecha en el muro, un rayo de luz se filtra en el gabinete del alquimista y hace destellar cristales, esferas y triángulos.

¡Alemanes, bebed cerveza alemana!

La plebe está poseída por el odio frenético contra la vida espiritual, al cual ha reconocido como la garantía para su aniquilación en el recuento de los cuerpos. Dondequiera que se les permita, se ponen en fila y avanzan en orden de marcha al encuentro del fuego de tambor y de los grandes almacenes. Nadie ve más allá de la espalda del que le precede, y cada cual está orgulloso de ser así modélico para el que le sigue. Esto los hombres saben hacerlo en el campo de batalla desde hace siglos, pero el desfile de la miseria, las colas, son las mujeres las que lo inventaron.

¡Prohibido fijar carteles!

La técnica del escritor en trece tesis

I. Quien tenga la intención de embarcarse en la redacción de una obra mayor que se dé buena vida y al terminar un tramo se garantice todo lo que no perjudique la continuación.

II. Habla de lo realizado si quieres, pero en el curso del trabajo no leas nada de ello en público. Cada satisfacción que con ello te procures ralentiza tu *tempo*. Siguiendo este régimen, el deseo creciente de comunicación se convierte finalmente en un motor para la terminación.

III. En las condiciones de trabajo trata de evitar la mediocridad de lo cotidiano. Un sosiego a medias, acompañado de ruidos triviales, es degradante. Por el contrario, el acompañamiento de un estudio para piano o de un vocerío puede resultar tan significativo para el trabajo como el perceptible silencio de la noche. Si este aguza el oído interior, aquel se convierte en la piedra de toque de una dicción cuya plétora sepulta en sí incluso los ruidos más excéntricos.

IV. Evita cualesquiera trebejos. Aferrarse pedantemente a ciertos papeles, plumas, tintas es provechoso. No el lujo sino la plétora de estos utensilios es imprescindible.

V. No dejes que ningún pensamiento se te pase de incógnito y lleva tu cuaderno de notas con tanto rigor como las autoridades el registro de extranjeros.

VI. Haz tu pluma esquiva a la inspiración, y ella la atraerá a sí con la fuerza del imán. Cuanto más prudente seas con la anotación de una ocurrencia, tanto más maduramente desplegada se te entregará esta. El habla conquista al pensamiento, pero la escritura lo domina.

VII. Nunca dejes de escribir porque no se te ocurra nada. Es un imperativo del honor literario solo interrumpirse cuando se ha de

cumplir un compromiso (una cena, una cita) o se ha acabado la obra.

VIII. Las intermitencias de la inspiración ocúpalas pasando a limpio lo realizado. Con ello se despertará la intuición.

IX. *Nulla dies sine linea*[26]: pero sí semanas.

X. Nunca consideres concluida una obra que ni una sola vez te haya ocupado desde el atardecer hasta la aurora del día siguiente.

XI. La conclusión de una obra no la escribas en el cuarto de trabajo habitual. En él no encontrarías el valor para ello.

XII. Fases de la composición: pensamiento —estilo— escritura. El sentido de la puesta en limpio es que en su fijación la atención solo se centre ya en la caligrafía. El pensamiento mata la inspiración, el estilo encadena el pensamiento, la escritura remunera el estilo.

XIII. La obra es la máscara mortuoria de la concepción.

Trece tesis contra los esnobs

(Un esnob en el despacho privado de la crítica de arte. A la izquierda un dibujo infantil, a la derecha un fetiche. El esnob: «Picasso[27] ya puede ir haciendo las maletas»).

I. El artista hace una obra. El primitivo se expresa en documentos.

II. La obra de arte es solo accesoriamente una obra de arte. Ninguna obra de arte es en cuanto tal una obra de arte.

III. La obra de arte es una obra maestra. El documento sirve como pieza didáctica.

IV. En la obra de arte aprenden los artistas el oficio. Ante los documentos se educa a un público.

V. La perfección mantiene a las obras de arte alejadas la una de la otra. Todos los documentos comunican en lo material.

VI. Contenido[28] y forma son uno en la obra de arte: sustancia[29]. En los documentos domina por entero el material.

VII. El tenor es lo sometido a prueba. El material es lo soñado.

VIII. En la obra de arte el material es un lastre que la contemplación desecha. Cuanto más profundamente se pierde uno en un documento, tanto más denso: el material.

IX. En la obra de arte la ley formal es central. En el documento las formas solo están desperdigadas.

X. La obra de arte es sintética: central eléctrica. La fertilidad del documento quiere análisis.

XI. Una obra de arte se acrecienta con la contemplación repetida. Un documento solo apabulla por sorpresa.

XII. La virilidad de las obras está en el ataque. Para el documento su inocencia es una cobertura.

XIII. El artista va a la conquista de sustancias. El hombre primitivo se parapeta detrás de los materiales.

La técnica del crítico en trece tesis

I. El artista es estratega en la lucha literaria.

II. Quien no pueda tomar partido tiene que callar.

III. El crítico no tiene nada que ver con el exégeta de épocas artísticas pasadas.

IV. La crítica debe hablar en el lenguaje de los artistas. Pues los conceptos del *cénacle*[30] son consignas. Y solo en las consignas resuena el grito de combate.

V. La «objetividad»[31] debe siempre sacrificarse al espíritu de partido siempre que la causa[32] valga la pena.

VI. La crítica es una cuestión[33] moral. Si Goethe no comprendió a Hölderlin[34] ni a Kleist[35], ni a Beethoven[36] ni a Jean-Paul[37], esto no atañe a su concepción del arte, sino a su moral.

VII. Para el crítico sus colegas son la instancia superior. No el público. Menos aún la posteridad.

VIII. La posteridad olvida o celebra. Solo el crítico juzga en presencia del autor.

IX. La polémica consiste en destruir un libro con unas pocas de sus frases. Cuanto menos se lo estudie, tanto mejor. Solo quien

puede destruir puede criticar.

X. La auténtica polémica aborda un libro con tanto amor como un caníbal se prepara un lactante.

XI. El entusiasmo artístico es ajeno al crítico. En sus manos, la obra de arte es el arma blanca en la lucha de los espíritus.

XII. El arte del crítico *in nuce*[38]: acuñar eslóganes sin traicionar las ideas. Los eslóganes de una crítica insuficiente malvenden el pensamiento en aras de la moda.

XIII. El público debe verse constantemente desmentido y, no obstante, sentirse siempre representado por el crítico.

N.º 13

Treize — j’eus un plaisir cruel de m’arrêter sur ce nombre[39].

Marcel Proust[40]

Le reploiement vierge du livre, encore, prête à un sacrifice dont saigna la tranche rouge des anciens tomes; l’introduction d’une arme, ou coupe-papier, pour établir la prise de possession[41].

Stéphane Mallarmé

I. Los libros y las putas pueden llevarse a la cama.

II. Los libros y las putas entrecruzan el tiempo. Dominan la noche como el día y el día como la noche.

III. Ni a los libros ni a las putas se les nota que los minutos les son preciosos. Pero si uno intima con ellos, se da cuenta de cuánta prisa tienen. Calculan mientras los penetramos.

IV. Los libros y las putas se han amado desde siempre con un amor desgraciado.

V. Los libros y las putas: unos y otras tienen su tipo respectivo de hombres que viven de ellos y los maltratan. A los libros, el crítico.

VI. Libros y putas en casas públicas… para estudiantes.

VII. Libros y putas: rara vez ve su final quien los ha poseído. Suelen desaparecer antes de expirar.

VIII. Libros y putas cuentan gustosa y embusteramente cómo han llegado a ser lo que son. En verdad, con frecuencia ni ellos mismos se dan cuenta. Pues durante años uno cede a todo «por amor», y un día se echa a la calle como un voluminoso *corpus* lo que «por motivos de estudio» nunca hizo sino flotar por encima.

IX. A los libros y las putas les encanta volver la espalda cuando se exhiben.

X. Los libros y las putas son muy prolíficos.

XI. Libros y putas: «Beata de vieja, puta de joven». ¡Cuántos libros no se pusieron en entredicho de los que hoy la juventud debe aprender!

XII. Los libros y las putas tienen sus altercados delante de la gente.

XIII. Libros y putas: las notas al pie son para los unos lo que para las otras, billetes en la media.

Armas y munición

Había llegado a Riga[42] para visitar a una amiga. Su casa, la ciudad, el idioma me eran desconocidos. Nadie me esperaba, nadie me conocía. Deambulé solo por las calles durante dos horas. Nunca las he vuelto a ver así. Cada portal arrojaba una llamarada, cada trascantón echaba chispas y cada tranvía pasaba como el coche de bomberos. Ella podía en efecto salir por la puerta, doblar la esquina y sentarse en el tranvía. De los dos yo debía ser, a toda costa, el primero en ver al otro. Pues de haber puesto ella sobre mí la mecha de su mirada… yo no habría podido evitar volar por los aires como un depósito de municiones.

Primeros auxilios

Un barrio sumamente laberíntico, una red de calles que durante años había evitado, se me volvió de repente claro cuando un día se mudó allí una persona amada. Era como si en su ventana se hubiera instalado un proyector que recortara la zona con haces luminosos.

Arquitectura interior

El tratado es una forma árabe. Su exterior es discontinuo y discreto, en correspondencia con la fachada de los edificios árabes, cuya articulación solo empieza en el patio. La estructura interior del tratado tampoco es así perceptible desde fuera, sino que solo se revela desde dentro. Si está formado por capítulos, estos no son titulados con palabras, sino indicados por cifras. La superficie de sus deliberaciones no está animada pictóricamente, sino cubierta con las redes del ornamento, que se suceden sin solución de continuidad. En la densidad ornamental de esta presentación se abole la diferencia entre argumentaciones temáticas y digresivas.

Artículos de papelería y escritura

Plano de Pharus[43]. Conozco a una distraída. Mientras que yo tengo presentes los nombres de mis proveedores, el lugar donde guardo mis documentos, las direcciones de mis amigos y conocidos, la hora de una cita, en ella se han fijado conceptos políticos, consignas del partido, fórmulas confesionales y órdenes. Ella vive en una ciudad de eslóganes y habita en un barrio de vocablos conjurados y hermanados, donde cada calleja toma partido y toda palabra tiene por eco un grito de guerra.

Pliego de deseos. «Una caña se yergue / para endulzar mundos. / ¡Ojalá de mi cálamo / fluya amoroso surco!»[44]: esto es lo que sigue a la «Dichosa nostalgia» como una perla que ha rodado fuera de la concha abierta.

Calendario de bolsillo. Pocas cosas tan características del hombre nórdico que, cuando ama, tiene que estar sobre todo y a cualquier precio a solas consigo mismo, contemplar primero él mismo su sentimiento, disfrutar de él, antes de dirigirse a la mujer y declarárselo.

Pisapapeles. *Place de la Concorde*[45]: obelisco[46]. Lo que en él se grabó hace cuatro mil años se alza hoy en medio de la mayor de todas las plazas. Si se lo hubieran vaticinado, ¡qué triunfo para el faraón! El primer imperio cultural de Occidente llevará en su centro el monumento conmemorativo de su poder. ¿Qué aspecto tiene en verdad esta gloria? Ni uno de los diez mil que por aquí pasan se detiene; ni uno de los diez mil que se detienen puede leer el epígrafe. Así cumple cada fama lo prometido, y ningún oráculo la iguala en astucia. Pues al inmortal le sucede como a este obelisco: regula un tráfico espiritual que ruge en torno a él, y a nadie le sirve la inscripción en él grabada.

Bisutería

Lenguaje incomparable de la calavera: la más completa inexpresividad —el negro de sus órbitas oculares— unida a la más salvaje expresión —la sarcástica sonrisa de la dentadura.

Uno que se cree abandonado lee y le duele que la página que quiere pasar ya esté cortada, que ya ni siquiera esta tenga necesidad de él.

Los regalos deben afectar tan hondamente al obsequiado que este se asuste.

Cuando un estimado amigo culto y elegante me envió su nuevo libro, me sorprendí, en el momento en que iba a abrirlo, arreglándome la corbata.

Quien observa las fórmulas de cortesía pero rechaza la mentira se parece a quien ciertamente viste a la moda pero no lleva camisa.

Si el humo de cigarrillo en la boquilla y la tinta en la estilográfica fluyeran con la misma ligereza, yo estaría en la Arcadia[47] de mi escritura.

Ser feliz significa poder tomar consciencia de uno mismo sin temor.

Ampliaciones

Niño leyendo. De la biblioteca escolar se recibe un libro. Se reparte en los primeros cursos. Solo de vez en cuando se atreve uno a formular un deseo. A menudo se ve con envidia cómo libros deseados llegan a otras manos. Por fin recibía uno el suyo. Durante una semana quedaba totalmente a merced de los vaivenes del texto, que suave y misteriosamente, densa e incesantemente lo iba envolviendo como copos de nieve. Se entraba en él con confianza ilimitada. ¡Silencio del libro, que incitaba a avanzar y avanzar! Su contenido no era tan importante en absoluto. Pues la lectura seguía coincidiendo con la época en que uno mismo se inventaba historias en la cama. El niño sigue sus huellas a medias borradas. Al leer se tapa los oídos; su libro descansa sobre la mesa demasiado alta y la mano está siempre sobre la página. Para él las aventuras del héroe se han de leer todavía en el torbellino de las letras como figura y mensaje en la agitación de los copos. Su aliento está en el aire de los acontecimientos, y todas las figuras lo respiran. Se mezcla con los personajes mucho más que el adulto. Los acontecimientos y las palabras intercambiadas le afectan indeciblemente, y cuando se levanta, está completamente cubierto por la nieve de lo leído.

Niño que llega tarde. El reloj del patio del colegio parece estropeado por su culpa. Marca «Tarde». Y de las puertas de las clases por las que pasa llegan al pasillo murmullos de deliberación secreta. Los profesores y alumnos tras ellas son amigos. O bien todo está en silencio, como si se esperara a alguien. Pone inaudiblemente la mano sobre el pomo. El sol inunda el lugar en que se encuentra. Entonces profana el joven día y abre. Oye la voz del maestro chasqueando como una rueda de molino; está ante la piedra de moler. La voz chasqueante mantiene el compás, pero los mozos lo echan todo sobre el recién llegado; vuelan hacia él diez,

veinte pesados sacos que él tiene que cargar hasta el banco. Todos los hilos de su abriguito están cubiertos de polvo blanco. Como un alma en pena a medianoche, hace ruido a cada paso, y nadie lo ve. Entonces se sienta en su sitio, trabaja callado junto a los demás hasta que toca la campana. Pero no le aprovecha nada.

Niño goloso. Su mano se interna por la rendija de la despensa apenas abierta como un amante en la noche. En cuanto se hace a la oscuridad, busca a tientas azúcar o almendras, pasas gorronas o compota. Y lo mismo que el amante, antes de besarla, abraza a su amada, así el sentido del tacto tiene una cita con ellos antes de que la boca saboree su dulzor. Con cuánta zalamería se entregan a la mano la miel, los montones de pasas de Corinto, incluso el arroz. Qué apasionado este encuentro entre ambos, por fin libres de la cuchara. Agradecida y fogosa, como una a la que se ha raptado de casa de sus padres, la mermelada de fresas se da aquí a probar sin panecillo y por así decir a cielo abierto, y hasta la mantequilla responde con ternura a la audacia de un pretendiente que ha irrumpido en su alcoba de doncella. La mano, joven Don Juan[48], no tarda en penetrar en todas las celdas y aposentos, dejando tras de sí regueros y raudales: virginidad que se renueva sin quejarse.

Niño montado en el tiovivo. La plataforma con los dóciles animales gira a ras de suelo. Tiene la altura a la que mejor se sueña estar volando. Comienza la música, y el niño se aleja de su madre girando a empujones. Al principio le da miedo dejarla. Pero luego se da cuenta de lo leal que él mismo es. Reina cual soberano leal sobre un mundo que le pertenece. En la tangente, árboles e indígenas forman calle. Entonces, en un Oriente, reaparece la madre. Luego, de la selva virgen surge una cima tal como él ya la vio hace milenios, tal como acaba de verla en el tiovivo. Su animal le tiene afecto: cual mudo Arión[49] monta su pez mudo, un toro-Zeus de madera lo rapta como a una Europa inmaculada[50]. Hace tiempo que el eterno retorno de las cosas se ha vuelto sabiduría infantil y la vida una secular embriaguez de poder, con el estruendoso orquestrión[51] en el centro cual tesoro de la corona. Al tocar más

lento, el espacio se pone a tartamudear y los árboles empiezan a volver en sí. El tiovivo se convierte en terreno inseguro. Y aparece la madre, el poste tantas veces embestido en torno al cual el niño, al tomar tierra, enrolla la amarra de su mirada.

Niño desordenado. Cada piedra que encuentra, cara flor arrancada y cada mariposa arrancada son ya para él el comienzo de una colección, y todo cuanto en general posee constituye para él una única colección. En él muestra esta pasión su verdadero rostro, la severa mirada india que, sin brillo y maniacamente, solo sigue ardiendo en los anticuarios, investigadores, bibliófilos. Apenas entra en la vida, es cazador. Caza los espíritus, cuya huella rastrea en las cosas; entre espíritus y cosas se le pasan años en los que su campo de visión permanece libre de seres humanos. Le ocurre como en sueños: no conoce nada duradero; todo lo que sucede, según él, le sobreviene, se tropieza con ello. Sus años de nomadismo son horas en el bosque de los sueños. Desde allí arrastra el botín hasta casa para limpiarlo, consolidarlo, desencantarlo. Sus cajones deben convertirse en armería y zoo, museo del crimen y cripta. «Arreglar» significaría destruir un edificio lleno de castañas erizadas que son manguales, papeles que son un tesoro de plata, ladrillos que son ataúdes, cactus que son tótems y céntimos de cobre que son escudos. El niño hace ya tiempo que ayuda en el ropero de la madre, en la biblioteca del padre, cuando en sus propios dominios aún sigue siendo el huésped inconstante, belicoso.

Niño escondido. Ya conoce todos los recovecos de la vivienda y vuelve a ellos como a una casa en la que se está seguro de encontrarlo todo como antes. El corazón le palpita, él contiene el aliento. Aquí está encerrado en el mundo de la materia. Este se le vuelve enormemente nítido, se le aproxima sin palabras. Así es como alguien al que se ahorca comprende lo que son la cuerda y la madera. El niño que está detrás de la cortina se convierte él mismo en algo flotante y blanco, en un fantasma. La mesa del comedor bajo la que se ha acurrucado hace que se convierta en el ídolo de madera del templo cuyas cuatro columnas son las patas talladas. Y

detrás de una puerta es él mismo puerta, la lleva como una pesada máscara, y como chamán embrujará a cuantos entren desprevenidos. A ningún precio deben encontrarlo. Cuando hace muecas le dicen que solo con que el reloj suene se quedará así. Lo que de verdad hay en ello lo sabe él en su escondrijo. Quien lo descubra puede hacer de él un ídolo petrificado debajo de la mesa, entretejerlo para siempre como espectro en el cortinaje, desterrarlo de por vida a la pesada puerta. Por eso, cuando quien lo busca lo atrapa, deja escapar con un fuerte grito al demonio que lo ha transformado para que no lo encuentren; es más, no espera a este instante, se adelanta a él con un grito de autoliberación. Por eso no se cansa de la lucha con el demonio. La vivienda es en esta el arsenal de las máscaras. Pero, una vez al año, hay regalos en lugares misteriosos, en las cuencas vacías de sus ojos, en su boca petrificada. La experiencia mágica se convierte en ciencia. El niño desencanta como su ingeniero la lóbrega casa paterna y busca huevos de Pascua.

Antigüedades

Medallón. En todo lo que con razón se denomina bello resulta paradójico que se aparezca.

Molino de oraciones. Solo la imagen representada mantiene a la voluntad con vida. Ante la mera palabra puede por el contrario inflamarse con fuerza para luego seguir ardiendo sin llama. No hay voluntad sana sin la representación gráfica exacta. No hay representación sin inervación. Ahora bien, el aliento es su regulación más sutil. El sonido de las fórmulas es el canon de esta respiración. De ahí la práctica del yoga que medita respirando sobre las sílabas sagradas. De ahí su omnipotencia.

Cuchara antigua. Una cosa está reservada a los épicos más grandes: poder dar de comer a sus héroes.

Mapa antiguo. En un amor la mayoría busca una patria eterna. Otros, pero muy pocos, el eterno viajar. Estos últimos son melancólicos que han de rehuir el contacto con la madre tierra. Buscan a quien mantenga alejada de ellos la nostalgia de la patria. A ese le son fieles. Los libros medievales sobre los temperamentos saben del anhelo de largos viajes de este tipo de hombres.

Abanico. Se habrá hecho la siguiente experiencia: cuando uno ama a una persona, incluso cuando solo piensa intensamente en ella, casi en cada libro encuentra su retrato. Es más, aparece como protagonista y como antagonista. En los relatos, novelas y cuentos se la encuentra en metamorfosis siempre nuevas. Y de ahí se sigue que la facultad de la fantasía es el don de interpolar en lo infinitamente pequeño, de hallar para cada intensidad, como una extensión, su nueva plenitud comprimida; en pocas palabras, de tomar cada imagen como si fuera la del abanico cerrado que solo al desplegarse toma aliento y muestra con la nueva expansión los rasgos de la persona amada en su interior.

Relieve. Si uno está junto a la mujer a la que ama, habla con ella. Luego, semanas o meses más tarde, cuando uno se ha separado de ella, recuerda uno de qué se habló entonces. Y ahora el tema resulta banal, disonante, sin profundidad, y uno se da cuenta de que solo ella, inclinándose sobre él por amor, lo cubrió con su sombra ante nosotros y lo protegió para que, como un relieve, el pensamiento viviera en todos los pliegues y en todos los rincones. Si estamos solos, como ahora, resulta plano, sin consuelo, sin sombra bajo la luz de nuestro pensamiento.

Torso. Solo quien supiera contemplar el propio pasado como engendro de la coacción y la necesidad, sería capaz de sacarle el máximo provecho para sí en cualquier presente. Pues lo que uno ha vivido es en el mejor de los casos comparable a una hermosa estatua que al ser transportada hubiera ido perdiendo todos los miembros y que ahora no ofreciera nada más que el valioso bloque en el que él tiene que tallar la imagen de su futuro.

Relojes y joyas

Quien despierto y vestido, durante una excursión por ejemplo, ve ante sí la salida del sol conserva durante el día ante todos los demás la soberanía de alguien invisiblemente coronado, y aquel a quien el alba ha pillado trabajando está a mediodía como si él mismo se hubiera puesto la corona.

Como reloj de la vida en el que los segundos no hacen sino huir pende sobre los personajes novelescos el número de páginas. ¿Qué lector no le ha echado al menos una vez un vistazo fugaz y atemorizado?

Me soñé a mí mismo —profesor asociado de reciente hornada— conversando como colegas con Roethe[52] por las espaciosas salas de un museo del que es director. Mientras él conversa con un empleado en una sala contigua, me acerco a una vitrina. En ella, junto a otros objetos bastante menores esparcidos, se yergue, reflejando turbiamente la luz, el busto metálico o esmaltado, casi de tamaño natural, de una mujer, no muy diferente de la llamada *Flora* de Leonardo[53] en el Museo de Berlín. La boca de esta cabeza de oro está abierta, y sobre los dientes de la mandíbula inferior hay alhajas que en parte cuelgan de la boca a intervalos bien calculados. No me cabía duda de que era un reloj. —(Motivos del sueño: el rubor de vergüenza[54]; la hora matinal tiene oro en la boca[55]; «la tête, avec l'amas de sa crinière sombre/ et ses bijoux précieux,/ sur la table de nuit, comme une renoncule,/ repose»[56], Baudelaire).

Lámpara de arco

A una persona únicamente la conoce quien la ama sin esperanza.

Galería

Dos personas que se aman están apegadas sobre todo a sus nombres.

Clavel cartujo. A quien ama la persona amada le parece siempre solitaria.

Asfódelo. Detrás de quien ama el abismo del sexo se cierra como el de la familia[57].

Flor de cactus. Quien ama de veras se alegra si la persona amada no lleva la razón en una discusión.

Nomeolvides. El recuerdo siempre ve empequeñecido a la persona amada.

Planta de adorno. Si a la unión se opone un impedimento, la fantasía de una vida juntos, sin deseos, en la vejez no tarda en presentarse.

Oficina de objetos perdidos

Objetos perdidos. Lo que hace tan incomparable y tan irrecuperable la primera visión de una aldea, de una ciudad en el paisaje es que en ella lo lejano resuena en lo lejano con la más estrecha unión. La costumbre todavía no ha hecho su trabajo. No bien comenzamos a orientarnos, el paisaje desaparece de repente como la fachada cuando entramos en una casa. Este aún no ha conseguido la supremacía debido a la investigación constante, convertida en costumbre. Una vez comenzamos a orientarnos en el lugar, esa imagen primera nunca puede restaurarse.

Objetos hallados. La lejanía azul que no cede a ninguna cercanía ni tampoco se diluye al acercarse, que cuando se la aborda no se extiende anchurosa y prolija sino que solo se yergue hermética y amenazadora ante uno, es la lejanía pintada del telón de fondo. Esto es lo que confiere a los decorados teatrales su carácter incomparable.

Parada para no más de tres coches de alquiler

Llevaba diez minutos en una parada esperando un ómnibus. «*L'Intran… Paris-Soir… La Liberté*»[58] gritaba a mis espaldas ininterrumpidamente, con cadencia inalterada, una vendedora de periódicos. «*L'Intran… Paris-Soir… La Liberté*», una mazmorra de planta triangular. Veía ante mí lo vacío que parecía en los rincones.

Vi en sueños «una casa de mala fama». «Un hotel en el que se mima a un animal. Casi todos beben solo agua de animal mimado». Soñé estas palabras y un instante después me desperté de nuevo sobresaltado. De puro cansancio me había tumbado sobre la cama vestido y con la habitación iluminada, y enseguida me dormí durante unos segundos.

En las casas de vecindad hay una música de alborozo tan mortalmente triste que uno no quiere creer que sea para quien la interpreta: es música para las habitaciones amuebladas en las que los domingos uno se sienta absorto en pensamientos que no tardan en adornarse con estas notas como un plato de fruta demasiado madura con hojas mustias.

Monumento a un guerrero

Karl Kraus[59]. Nada más desconsolador que sus adeptos, nada más dejado de la mano de Dios que sus adversarios. Ningún nombre sería más decorosamente honrado con el silencio. Metido en una armadura antiquísima, sonriendo enfurecido, un ídolo chino, esgrimiendo con ambas manos las espadas desenvainadas, baila la danza guerrera ante el mausoleo de la lengua alemana. Él, «solo uno de los epígonos que habitan la antigua casa del idioma»[60], se ha convertido en el guardián de su tumba. Monta guardia día y noche. Jamás puesto alguno ha sido guardado más lealmente y jamás ninguno ha estado más perdido. Aquí se yergue quien cual danaide[61] se nutre del mar de lágrimas de su entorno y a quien como a Sísifo[62] la roca que ha de sepultar a sus enemigos se le cae de las manos. ¿Qué hay más desvalido que su conversión? ¿Qué más impotente que su humanidad? ¿Qué más desesperanzado que su lucha con la prensa? ¿Qué sabe él de las potencias verdaderamente aliadas con él? No obstante, ¿qué don profético de los nuevos magos puede compararse con el oído de este chamán al que incluso una lengua muerta inspira las palabras? ¿Quién ha conjurado jamás un espíritu como Kraus en *Los abandonados*[63], como si nunca se hubiera escrito *Dichosa nostalgia*[64]? Tan desvalidamente como solo se hacen oír las voces de los espíritus le llega desde una ctónica profundidad del lenguaje el murmullo de un vaticinio. Cada uno de los sonidos es incomparablemente auténtico, pero todos juntos dejan perplejo como las palabras de los espíritus. Ciego como los manes, el lenguaje lo exhorta a la venganza, limitado como espíritus que solo conocen la voz de la sangre, indiferentes hacia lo que provocan en el reino de los vivos. Pero él no se puede equivocar. Sus mandatos son infalibles. Quien se topa con él, ya está condenado: en esta

boca su nombre mismo se convierte en veredicto. Cuando él la abre, en sus labios aletea la incolora llama del ingenio. Y que nadie que vaya por los caminos de la vida se tropiece con él. En un arcaico campo del honor, gigantesco campo de batalla de un trabajo sangriento, rabia él ante un monumento funerario abandonado. Sus honras fúnebres serán inmensas, las últimas que se celebren.

Alarma de incendios

La idea de la lucha de clases puede inducir a error. No se trata de una prueba de fuerza en la que se decidiría la cuestión ¿quién gana, quién pierde?, ni de una pelea tras la cual al vencedor le irá bien, pero mal al perdedor. Pensar así significa encubrir románticamente los hechos. Pues, venza o pierda en la lucha, la burguesía está condenada a sucumbir por las contradicciones internas que, en el curso de la evolución, le resultarán mortales. La pregunta es únicamente si se hundirá por sí misma o por obra del proletariado. La respuesta decidirá sobre la pervivencia o el final de una evolución cultural de tres mil años. La historia no sabe nada de la mala infinitud en la imagen de los luchadores eternamente combatiéndose. El verdadero político solo calcula a plazos. Y si la abolición de la burguesía no se consuma antes de un instante casi calculable de la evolución científica y técnica (la inflación y la guerra química señalan este), entonces todo está perdido. Antes de que la chispa llegue a la dinamita, hay que cortar la mecha encendida. La intervención, el riesgo y el *tempo* del político son técnicos… no caballerescos.

Recuerdos de viaje

Atrani[65]. La barroca escalera arqueada que asciende suavemente hasta la iglesia. Las letanías de las viejas en el Ave María: iniciación a la primera clase de la muerte. Si uno se da la vuelta, entonces la iglesia, como Dios mismo, linda con el mar. Cada mañana, la era cristiana rompe contra la roca, pero entre los muros de abajo la noche se disgrega una y otra vez en los cuatro antiguos barrios romanos. Callejones como pozos de ventilación. En la plaza del mercado, una fuente. A última hora de la tarde, mujeres a su alrededor.

Marina. La belleza de los grandes veleros es única en su género. Pues no solo se han mantenido invariables en su perfil durante siglos, sino que aparecen en el más inmutable paisaje: realzados contra el horizonte en el mar.

Fachada de Versalles[66]. Es como si se hubiera olvidado este castillo allí donde hace cientos de años se erigió *Par Ordre Du Roi*[67] durante solo dos horas como decorado móvil de una *féerie*[68]. De su esplendor no se reserva nada para sí, se lo entrega íntegro a ese regio paraje que con él se cierra. Ante este telón de fondo se transforma en el escenario sobre el que la tragedia de la monarquía absoluta se presentaba como *ballet* alegórico. Hoy, no obstante, es solo la pared cuya sombra se busca para disfrutar de la perspectiva hacia el azul creada por Le Nôtre[69].

Castillo de Heidelberg[70]. Las ruinas cuyos vestigios se elevan hacia el cielo aparecen a veces doblemente hermosas en días claros, cuando en sus ventanas o en los remates la mirada se encuentra con las nubes que pasan. La destrucción refuerza, merced al efímero espectáculo que abre en el cielo, la eternidad de estos vestigios.

Alcázar de Sevilla[71]. Un alcázar que sigue el primer impulso de la fantasía. Esta no es interrumpida por consideraciones prácticas. Solo sueños y fiestas, su cumplimiento, están previstos en los altos aposentos. En su interior, la danza y el silencio se convierten en motivo conductor, pues todo movimiento humano es absorbido por el silencioso tumulto del ornamento.

Catedral de Marsella[72]. En la plaza menos poblada y más soleada se alza la catedral. Aquí todo está muerto, a pesar de que al sur, a sus pies, colinda con La Joliette, el puerto, al norte con un barrio proletario. Como lugar de transbordo de mercancías intangibles, inescrutables, el inhóspito edificio se eleva entre el muelle y el almacén. En él se invirtieron cuarenta años. Pero cuando en 1893 todo estuvo listo, lugar y tiempo se conjuraron victoriosamente en este monumento contra arquitectos y contratistas, y de los ricos recursos del clero nació una gigantesca estación ferroviaria que nunca pudo abrirse al tráfico. En la fachada se reconocen las salas de espera del interior, donde los viajeros de primera a cuarta clase (aunque ante Dios todos son iguales), apretujados entre sus bienes espirituales como entre maletas, leen, sentados, en libros de cánticos muy parecidos, con sus concordancias y correspondencias, a las guías internacionales de ferrocarriles. De las paredes cuelgan como cartas pastorales extractos del reglamento de tráfico ferroviario, se consultan tarifas de indulgencias para los viajes especiales en el tren de lujo de Satán y hay preparados, a modo de confesionarios, cuartitos en los que el viajero de larga distancia puede limpiarse discretamente. Esta es la estación de la religión en Marsella. De aquí parten, a la hora de misa, convoyes de coches-cama a la eternidad.

La catedral de Friburgo[73]. Para sus habitantes —es más, tal vez incluso para el recuerdo del viajero allí residente durante un tiempo—, el sentimiento más íntimo de pertenencia a una ciudad está unido al timbre y los intervalos con que dan las campanadas los relojes de sus torres.

Catedral de San Basilio de Moscú[74]. Lo que la Virgen bizantina sostiene en brazos no es sino un muñeco de madera de tamaño natural. Su expresión de dolor ante un Cristo cuya condición infantil aparece solo sugerida, solo evocada, es más intensa que la que sería capaz de mostrar ante la imagen realista de un niño.

Boscotrecase[75]. Elegancia de los pinares: su tejado está formado sin entretejimientos.

Museo Nacional de Nápoles[76]. Las estatuas arcaicas muestran en la sonrisa al espectador la consciencia de su cuerpo lo mismo que un niño nos tiende, sueltas y desordenadas, las flores recién cortadas, mientras que el arte posterior anuda más rigurosamente los semblantes lo mismo que un adulto entrelaza con hierbas cortantes el ramo para que dure.

Baptisterio de Florencia[77]. En el portal, la *Spes* de Andrea Pisano[78]. Está sentada y levanta con desvalimiento los brazos hacia un fruto que le resulta inalcanzable. Sin embargo, es alada. Nada es más verdadero.

Cielo. En sueños salí de una casa y miré al cielo nocturno. Emanaba de él un violento resplandor. Pues, constelado como estaba, allí se hallaban sensiblemente presentes las imágenes según las cuales se agrupa a las estrellas. Un león, una doncella, una balanza y muchas otras miraban fijamente hacia la Tierra. Luna no se veía ninguna.

Óptico

En verano llaman la atención los gordos, en invierno los delgados.

En primavera, con tiempo claro se notan los brotes del follaje; cuando llueve y hace frío, las ramas aún sin hojas.

Cómo ha transcurrido una velada con invitados es algo que quien se ha quedado rezagado ve de una ojeada por la posición de los platos y tazas, de las copas y fuentes.

Principio fundamental del galanteo: multiplicarse por siete; ponerse septuplicado en torno a la que se desea.

La mirada es el poso del hombre.

Juguetes

Recortables. Como grandes embarcaciones oscilantes, las casetas han atracado a ambos lados del muelle de piedra sobre el que se agolpa la gente. Hay veleros con mástiles de los que cuelgan los gallardetes, vapores de cuyas chimeneas sale humo, gabarras cuya carga lleva tiempo estibada. Entre ellos hay barcos en cuya panza uno desaparece; solo pueden bajar hombres, pero a través de las escotillas se ven brazos de mujer, velos y plumas de pavo. En otro lugar hay unos forasteros que parecen querer asustar al público con música excéntrica. Pero ¡con qué indiferencia se acoge todo! Uno sube titubeando, a grandes pasos y contoneándose como por las escalerillas de un barco y, una vez arriba, se queda a la espera de que todo se aparte de la orilla. Los que luego reaparecen en silencio y aturdidos han visto surgir y desaparecer a sus propias parejas en escalas rojas por las que sube y baja espíritu de vino coloreado; el hombre amarillo que abajo comenzó a galantear ha abandonado a la mujer azul en el extremo superior de esta escala. Han mirado en espejos en los que el suelo acuoso se les escurría bajo los pies y a trompicones han salido al aire libre por escaleras mecánicas. La flota trae desasosiego al barrio: hay mujeres y chicas casquivanas allí dentro, y todo lo comestible fue cargado en el mismo país de Jauja. Uno está tan enteramente aislado por el océano que es como si aquí se encontrara con todo por primera y última vez al mismo tiempo. Leones marinos, enanos y perros se conservan como en un arca. Incluso el ferrocarril se ha instalado aquí para siempre, y en su curso circular atraviesa una y otra vez un túnel. Por unos días el barrio se ha convertido en ciudad portuaria de una isla del mar del Norte, y los habitantes en salvajes que ansiosos y pasmados se desvanecen ante lo que Europa arroja a sus pies.

Blancos. Habría que describir, reuniéndolos en un corpus, los paisajes de las casetas de tiro al blanco. Había un desierto de hielo del cual emergían en muchos sitios cabezas hechas con pipas de barro blancas, los puntos de mira atados en forma de haces. Detrás, ante una franja inarticulada de bosque, había dos guardabosques pintados; delante de todo, piezas de relleno por así decir, dos sirenas con pechos provocativos en colores al óleo. En otro lugar hay pipas que se erizan en el pelo de mujeres que raras veces se pintan, con faldas, la mayoría con mallas. O bien emergen de un abanico que ellas despliegan en la mano. Unas pipas móviles giran lentamente al fondo de los *tirs aux pigeons*[79]. Otras casetas presentan teatros en los que el espectador dirige la representación con el rifle. Si da en el blanco, empieza la función. Así, una vez había treinta y seis cajas, y sobre el marco del escenario se había escrito para cada una lo que había que esperar detrás: *Jeanne d’Arc en prison*[80], *L’hospitalité*[81], *Les rues de Paris*[82]. En otra caseta: *Exécution capitale*[83]. Ante el portón cerrado una guillotina, un juez con toga negra y un sacerdote que sostiene la cruz. Si el tiro acierta, el portón se alza y aparece una plataforma de madera sobre la que el delincuente se halla entre dos esbirros. Él se tiende automáticamente bajo la cuchilla y le cortan la cabeza. En la misma: *Les délices du mariage*[84]. Se abre un interior miserable. Se ve al padre en medio de la estancia, con un niño sobre las rodillas y meciendo con su mano libre la cuna en que otro yace. *L’enfer*[85]: cuando sus puertas se separan, se ve a un demonio torturando a un alma en pena. A su lado, otro empuja a un cura hacia un caldero en el que los condenados deben cocerse a fuego lento. *Le bagne*[86]: un portón. Cuando se acierta, el carcelero ante él tira de una campana. Esta suena, el portón se alza. Se ve a dos reclusos ocupados con una gran rueda; parecen tener que hacerla girar. De nuevo otra constelación: un violinista con su oso bailarín. Uno dispara y el arco del violín se mueve. El oso golpea con una zarpa el bombo y levanta una pata. No puede por menos de pensarse en el cuento del Sastrecillo valiente; también podría pensarse en la Bella

durmiente despertada por un disparo, en Blancanieves liberada de la manzana por un disparo, en Caperucita Roja salvada por un disparo[87]. Como en un cuento, el disparo impacta en la existencia de los muñecos con aquella curativa violencia que separa la cabeza del tronco a los monstruos y descubre que estos son princesas. Como en aquel portón sin letrero: si se ha apuntado bien, se abre y ante unas cortinas de felpa roja se ve a un moro que parece inclinarse ligeramente. Sostiene un cuenco de oro. En él hay tres frutas. Se abre la primera, y en su interior aparece un minúsculo personaje que hace una reverencia. En el segundo, dos muñecos igualmente minúsculos bailan dando vueltas. (El tercero no se abrió). Debajo, delante de la mesa sobre la que se alza el resto del escenario, un pequeño jinete de madera con la inscripción: *Route minée*[88]. Si se da en el blanco, se produce una detonación y el jinete da una voltereta con su caballo, pero por supuesto sigue sentado sobre este.

Estereoscopio. Riga. El mercado diario, la atestada ciudad de bajas casuchas de madera se extiende por el muelle, un ancho muro de piedra, sucio y sin almacenes a lo largo del Duina[89]. Pequeños vapores que a menudo con la chimenea apenas superan el rompeolas han atracado en la negruzca ciudad enana. (Los barcos más grandes se encuentran Duina abajo). Sucias plataformas constituyen el fondo arcilloso sobre el cual, brillando en el aire frío, se difuminan unos cuantos colores. En algunas esquinas, aquí hay todo el año, junto a puestos de pescado, carne, botas y ropa, mujeres de la pequeña burguesía con las varillas de papel coloreado que solo por Navidad llegan a Occidente. Ser reprendido por la voz más amada: así son estas varillas. Por unos pocos céntimos, azotes multicolores. Al final del malecón, entre barreras de madera se encuentra, a solo treinta pasos del agua, el mercado de manzanas con sus montañas rojiblancas. Las manzanas en venta están metidas en paja, y las vendidas, sin paja, en los cestos de las amas de casa. Detrás se eleva una iglesia de color rojo oscuro que, en el aire fresco de noviembre, nada puede contra los

mofletes de las manzanas. —Varias tiendas de accesorios náuticos en pequeñas garitas no lejos del malecón. Tienen pintadas amarras. Por todas partes se ve la mercancía pintada en letreros o pintarrajeada en el muro de la casa. Un negocio de la ciudad tiene maletas y correas de tamaño superior al natural en el muro de ladrillos sin enlucir. Una casa baja situada en una esquina y con un comercio de corsés y sombreros de mujer está pintada con acicalados rostros femeninos sobre un fondo amarillo ocre. En el rincón de enfrente se alza una farola que muestra algo similar en sus vidrios. El conjunto es como la fachada de un burdel de fantasía. En relieve sobre el muro gris, otra casa, tampoco lejos del puerto, tiene sacos de azúcar y carbón de color negro y gris. En otro lugar llueven zapatos desde cornucopias. En un letrero que parece una plantilla extraída de anticuados libros infantiles para colorear hay pintados con todo detalle artículos de ferretería: martillos, ruedas dentadas, alicates y minúsculos tornillos. Pero en medio sobresalen muchos edificios altos con aspecto de fortificaciones y una mortal tristeza, que evocan todos los horrores del zarismo.

Invendible. Gabinete mecánico en la feria de Lucca[90]. La exposición se aloja en una carpa alargada y distribuida de manera simétrica. Varios peldaños conducen a ella. Una mesa con algunos muñecos sin movimiento hace las veces de cartel anunciador. En la carpa se entra por la abertura derecha, se sale por la izquierda. En el interior iluminado, dos mesas se extienden hacia el fondo. Se tocan por el borde longitudinal interno, de modo que solo dejan un estrecho espacio para pasar. Ambas mesas son bajas y están recubiertas de cristal. Sobre ellas se encuentran los muñecos (de entre veinte y veinticinco centímetros de altura por término medio), mientras que en su parte inferior, que queda oculta, el mecanismo de relojería que acciona a los muñecos hace tictac de manera perceptible. Una pequeña pasarela para niños discurre a lo largo de los bordes de las mesas. En las paredes hay espejos deformantes. —Al lado de la puerta se ven personajes principescos. Cada uno hace algún movimiento: unos, con el brazo derecho o izquierdo, un

amplio gesto de invitación, otros un giro de las vítreas miradas; no pocos revuelven los ojos y agitan los brazos al mismo tiempo. Allí están Francisco José[91], Pío IX[92] en su trono y flanqueado por dos cardenales, la reina Elena de Italia[93], la Sultana, Guillermo I[94] a caballo, Napoleón III[95] en pequeño y, más pequeño aún, Víctor Manuel[96] como príncipe heredero. Siguen figurillas bíblicas, luego la Pasión. Herodes ordena el asesinato de los niños con movimientos de cabeza muy variados. Abre mucho la boca y además cabecea, estira el brazo y lo vuelve a dejar caer. Ante él hay dos verdugos: uno volteando en el vacío una afilada espada y con un niño decapitado bajo el brazo; el otro, a punto de asestar un golpe, sin mover más que los ojos. Y a su lado dos madres: una con leves pero constantes meneos de cabeza, como víctima de la melancolía; la otra alzando lentamente los brazos en gesto de súplica. —La Crucifixión. La cruz está en el suelo. Los esbirros están clavando los clavos. Cristo inclina la cabeza. —Cristo crucificado bebe de la esponja empapada en vinagre que un soldado le acerca lentamente, a intervalos, y luego la aparta de repente. El Salvador alza ligeramente el mentón. Desde atrás, un ángel se inclina sobre la cruz con el cáliz para la sangre, lo presenta y luego lo retira como si estuviera lleno. —La otra mesa muestra cuadros de género. Gargantúa[97] con albóndigas. Delante de un plato, se las mete en la boca con ambas manos, alzando alternativamente el brazo derecho y el izquierdo. Cada mano sostiene un tenedor con una albóndiga ensartada. —Una joven alpina hilando. —Dos monos tocando el violín. —Un mago tiene ante sí dos recipientes con forma de tonel. El de la derecha se abre y de él emerge el busto de una dama. Enseguida se sumerge. Se abre el de la izquierda: de él surge hasta la mitad el cuerpo de un hombre. El recipiente de la derecha se vuelve a abrir, y ahora aparece el cráneo de un macho cabrío con el rostro de la dama entre los cuernos. A continuación le toca al de la izquierda: en lugar del hombre, se presenta un mono. Luego todo vuelve a comenzar de nuevo. —Otro mago: tiene ante sí una mesa y en cada mano

sujeta una copa boca abajo. Debajo aparecen, cuando él levanta alternativamente la una o la otra, ora un pan o una manzana, ora una flor o un dado. —La fuente mágica: de pie delante de un pozo de polea, un joven campesino sacude la cabeza. Una muchacha tira de la cuerda, y del caño del pozo mana un grueso y continuo chorro de cristal. —Los amantes embrujados: un matorral de oro o una llama de oro se abre en dos alas. Dentro se hacen visibles dos muñecos. Vuelven las cabezas el uno hacia el otro y luego las apartan como si se vieran con perplejo asombro. —Debajo de todas las figuras, un papelito con el título. Todo fechado en el año 1862.

Policlínica

El autor coloca la idea sobre la mesa de mármol de la cafetería. Larga observación, pues aprovecha el tiempo en que aún no tiene ante sí el vaso, la lente con la que examina al paciente. Luego saca poco a poco su instrumental: estilográfica, lápiz y pipa. La multitud de los parroquianos, dispuesta como en un anfiteatro, constituye su público clínico. El café, tan precavidamente servido como degustado, aplica cloroformo a la idea. Lo que tiene en mente tiene tan poco que ver con el asunto mismo como el sueño del narcotizado con la intervención quirúrgica. En los cautelosos lineamientos del manuscrito se van haciendo cortes, en el interior el cirujano desplaza acentos, cauteriza las excrecencias de las palabras e inserta un extranjerismo como una costilla de plata. Por último, la puntuación se lo cose todo con finas puntadas, y él paga al camarero, su asistente, en metálico.

Se alquilan estas superficies

Insensatos quienes deploran la decadencia de la crítica. Pues su hora sonó hace mucho tiempo. La crítica es una cuestión de distancia justa. Se encuentra a sus anchas en un mundo en el que lo que importa son las perspectivas y prospectivas y en el que aún era posible adoptar un punto de vista. Entretanto, las cosas han arremetido con demasiada virulencia contra la sociedad humana. La «imparcialidad», la «mirada libre» se han vuelto mentiras, cuando no expresión totalmente ingenua de pura incompetencia. La mirada hoy más esencial, la mercantil al corazón de las cosas, se llama publicidad. Arrasa el margen para el libre juego de la reflexión y nos aproxima tan peligrosamente las cosas a los ojos como desde la pantalla de cine un coche se nos echa encima agigantándose trepidante. Y lo mismo que el cine no ofrece a una observación crítica muebles y fachadas en su integridad sino que es solamente su testaruda y súbita proximidad la que produce sensaciones, la auténtica publicidad acerca a golpe de manivela las cosas y tiene un *tempo* que se corresponde con el del buen cine. Con lo cual, pues, cesa definitivamente la «objetividad», y frente a las gigantescas imágenes sobre los muros de las casas, donde el Chlorodont[98] y el Sleipnir[99] para gigantes quedan al alcance de la mano, el sentimentalismo restablecido se libera a la americana, como las personas a las que ya nada mueve ni conmueve vuelven a aprender a llorar en el cine. Pero al hombre de la calle es el dinero lo que le aproxima de este modo las cosas, establece el contacto perentorio con ellas. Y el reseñador remunerado que opera con cuadros en el salón de arte del marchante sabe de estos cosas, si no mejores, sí más importantes que el aficionado que los ve en el escaparate. El calor del tema se le comunica y lo pone sentimental. —¿Qué es lo que al fin y al cabo hace a la publicidad tan superior a la crítica? No

lo que dice el rojo rótulo eléctrico, sino el charco de fuego que lo refleja en el asfalto.

Artículos de oficina

El despacho del jefe está repleto de armas. Lo que al que entra seduce como confort es en verdad un arsenal camuflado. Sobre el escritorio suena a cada instante un teléfono. Le corta la palabra a uno en el momento más importante y da al oponente tiempo para preparar su respuesta. Entretanto, fragmentos de la conversación muestran cuántas cuestiones más importantes que la que espera turno se tratan aquí. Uno se dice esto y comienza a lentamente a desistir de su propio punto de vista. Empieza a preguntarse de quién se está hablando, se oye con horror que el interlocutor parte mañana para el Brasil y no tarda en solidarizarse de tal modo con la empresa que la migraña de la que él se queja por teléfono es considerada como un lamentable contratiempo para el negocio (en lugar de como una oportunidad). La hayan o no llamado, entra la secretaria. Es muy guapa. Y, sea que su patrón esté inmunizado contra sus encantos, sea que como admirador sabe ya desde hace mucho tiempo a qué atenerse con ella, el recién llegado la mirará más de una vez, y ella sabe cómo granjearse el agradecimiento de su jefe. El personal de este está en movimiento para procurarle ficheros en los que el invitado se sabe inscrito en los más diversos contextos. Él comienza a cansarse. Pero el otro, que tiene la luz a sus espaldas, lo lee con satisfacción en los rasgos del rostro cegado por la iluminación. El sillón también surte su efecto; uno se ha retrepado en él tan profundamente como en el dentista, y acaba entonces por tomar el penoso procedimiento como el curso ordinario de las cosas. Tarde o temprano, una liquidación sigue también a este tratamiento.

Paquetes postales: expedición y embalaje

Atravesaba yo en coche Marsella a primera hora de la mañana rumbo a la estación, y a medida que en el trayecto me salían al paso lugares conocidos, luego nuevos, desconocidos, u otros que solo podía recordar imprecisamente, la ciudad se convirtió entre mis manos en un libro al que eché rápidamente un par de ojeadas antes de que desapareciera de mi vista, quién sabe por cuánto tiempo, en el arcón del desván.

¡Cerrado por reformas!

Soñé que me quitaba la vida con un arma de fuego. Cuando se produjo el disparo no me desperté, sino que durante un rato me vi yacer como un cadáver. Solo entonces me desperté.

Restaurante automático «Augías»[100]

Esta es la objeción más fuerte contra el modo de vida del solterón: toma a solas sus comidas. Comer solo hace fácilmente duro y grosero. Quien tiene costumbre de hacerlo ha de vivir espartanamente para no degenerar. Los anacoretas, aunque solo fuera por eso, se alimentaban frugalmente. Pues a la comida solo se le hace justicia en compañía; quiere ser compartida y repartida, si es que ha de hacer provecho. No importa con quién: antes, un mendigo a la mesa enriquecía cada banquete. Lo que importa es compartir y dar, no la conversación mundana en tertulia. Pero por otra parte resulta asombroso que la sociabilidad se vuelva crítica sin comida. El agasajo nivela y une. El conde de Saint-Germain[101] ayunaba ante mesas llenas, y ya de este modo dominaba la conversación. Pero donde todos se van de vacío surgen las rivalidades con su conflicto.

Tienda de sellos

A quien revisa hatos de correspondencia vieja, un sello ha mucho fuera de curso en un frágil sobre le dice a menudo más que docenas de páginas leídas. No pocas veces se los encuentra en tarjetas postales, y entonces uno no sabe si despegarlos o guardar la tarjeta tal cual, como la hoja de un maestro antiguo que en el anverso y el reverso tuviera dos dibujos distintos de igual valor. En las vitrinas de las cafeterías hay también cartas que no tienen la conciencia limpia y están en la picota a los ojos de todos. ¿O es que las han deportado y deben languidecer durante años en un Salas y Gómez[102] de cristal? Las cartas que han estado mucho tiempo sin abrirse tienen algo de brutal; son desheredados que malignos y en silencio traman la venganza por los largos días de sufrimiento. Muchas de ellas serán más tarde, en los escaparates de las tiendas de sellos, sobres totalmente llenos de matasellos.

Se sabe que hay coleccionistas que solamente tratan con sellos matasellados, y uno está tentado de creer que son los únicos que han calado el secreto. Se aferran a la parte oculta del sello: el matasellos. Pues el matasellos es su lado nocturno. Los hay solemnes, que ponen una aureola de santidad sobre la cabeza de la reina Victoria[103], y proféticos, que ciñen a Humberto[104] una corona de mártir. Pero ninguna fantasía sádica puede competir con el negro procedimiento que cubre los rostros de verdugones y abre grietas en la superficie de continentes enteros como un terremoto. Y la perversa alegría que produce el contraste de este cuerpo ultrajado del sello con su blanco vestido de tul, ornado de encajes: el dentado. Quien coleccione matasellos debe poseer cual detective la filiación de las oficinas de correos más en entredicho, cual arqueólogo el arte de determinar el torso de los más extraños

topónimos, cual cabalista el inventario de las fechas de todo un siglo.

Los sellos están repletos de pequeñas cifras, letras diminutas, hojitas y ojuelos. Son tejidos celulares gráficos. Todo eso pulula en desorden y sobrevive, como los animales inferiores, incluso despedazado. Por eso al pegar trocitos de sellos se forman imágenes de tanto efecto. Pero en ellos la vida tiene siempre el olor de la putrefacción como signo de que está compuesta de lo muerto. Sus retratos y grupos obscenos rebosan de huesos y amasijos de gusanos.

¿Se refracta tal vez la luz de un extraño sol en la gama cromática de las largas series? ¿Se capturaron en los ministerios postales de los Estados Pontificios o del Ecuador rayos que los demás no conocemos? ¿Y por qué no se nos muestran los sellos de los mejores planetas? ¿Los mil matices de rojo encendido que circulan en Venus, y los cuatro grandes valores grises de Marte, y los sellos sin cifras de Saturno?

En los sellos países y mares son solo las provincias, los reyes solo los mercenarios de las cifras que sobre ellos derraman a discreción sus colores. Los álbumes de sellos son obras mágicas de consulta, en ellas se registran los números de monarcas y palacios, de animales, alegorías y Estados. El tráfico postal depende de la armonía de estos lo mismo que de las armonías de los números celestes el movimiento de los planetas.

Viejos sellos de diez peniques que en el óvalo solo muestran una o dos grandes cifras. Se asemejan a aquellas primeras fotos desde las que nos miran, en sus marcos lacados de negro, parientes que nunca conocimos: tías abuelas y bisabuelos cifrados. También Thurn y Taxis[105] tiene las grandes cifras en los sellos; ahí son como números de taxímetros embrujados. No sería extraño ver una noche brillar la luz de una vela detrás de ellos. Pero luego hay pequeños sellos sin dentado, sin indicación de una moneda ni de un país. En la densa telaraña solo llevan un número. Estos son tal vez los verdaderos billetes de lotería del destino.

Los rasgos de escritura en los sellos de piastra turcos son como el alfiler demasiado llamativo, demasiado brillante, colocado oblicuamente sobre la corbata de un taimado comerciante de Constantinopla solo a medias europeizado. Son del tipo de los advenedizos postales, de los grandes formatos chillones, mal dentados, de Nicaragua o Colombia, que se engalanan como billetes de banco.

Los sellos de sobretasa con los espíritus entre los sellos postales. No se modifican. El cambio de monarcas y de formas de gobierno pasa por ellos sin dejar huellas, como si fueran espectros.

El niño mira a la lejana Liberia a través de unos gemelos de teatro que sostiene al revés: allí está, detrás de su franjita de mar, con sus palmeras, exactamente como la muestran los sellos postales. Navega con Vasco de Gama[106] alrededor de un triángulo que es isósceles como la esperanza y cuyos colores cambian con el clima. Prospecto de viaje del cabo de Buena Esperanza. Cuando ve el cisne en los sellos australianos, entonces es, incluso en los valores azules, verdes y marrones, el cisne negro que solamente se da en Australia y aquí se desliza sobre las aguas de un estanque como sobre el más pacífico océano.

Los sellos son las tarjetas de visita que los grandes Estados dejan en la habitación de los niños.

Cual Gulliver[107], el niño recorre países y pueblos de sus sellos postales. La geografía y la historia de los liliputienses, toda la ciencia del pequeño pueblo con todos sus números y nombres le son imbuidas mientras duerme. Toma parte en sus negocios, asiste a sus purpúreas asambleas, contempla la botadura de sus barquitos y celebra jubileos con sus testas coronadas, que reinan detrás de setos.

Hay, como se sabe, un lenguaje de los sellos que guarda con el lenguaje de las flores la misma relación que el alfabeto Morse[108] con el escrito. Pero ¿cuánto tiempo vivirá todavía la florescencia entre los postes del telégrafo? ¿No son ya los grandes sellos artísticos de la época de posguerra, con sus intensos colores, los

asteros y las dalias otoñales de esta flora? Stephan[109], alemán y no por casualidad contemporáneo de Jean-Paul, plantó esta simiente en la estival mitad del siglo XIX. No sobrevivirá al XX.

Si parla italiano[110]

Estaba una noche sentado con fuertes dolores en un banco. Enfrente, en otro, tomaron asiento dos muchachas. Parecían querer conversar confidencialmente, y comenzaron a cuchichear. Aparte de mí no había nadie en las inmediaciones, y yo no habría comprendido su italiano por más que hubieran gritado. Ahora bien, ante este cuchicheo inmotivado en una lengua para mí inaccesible no pude sustraerme a la sensación de que se me estaba poniendo una venda fresca en el lugar dolorido.

Asistencia técnica

No hay nada más pobre que una verdad expresada tal como se ha pensado. En tal caso, ponerla por escrito no equivale ni siquiera a una mala fotografía. Además, la verdad (como un niño, como una mujer que no nos ama) se niega a, ante el objetivo de la escritura, cuando nosotros nos hemos acuclillado bajo el trapo negro, quedarse tranquila y mirar amablemente. Quiere ser arranca abruptamente, como de golpe, del ensimismamiento, y ser sobresaltada por una pelea, una música, unos gritos de auxilio. ¿Quién querría contar las señales de alarma de las que está provisto el interior del verdadero escritor? Y «escribir» no significa otra cosa que ponerlas en funcionamiento. Entonces la dulce odalisca salta, agarra lo que más a mano tiene en el revoltijo de su tocador, nuestra caja craneana, se lo pone encima y huye así de nosotros, casi irreconocible, hacia la gente. Pero ¡qué bien constituida ha de estar y qué sanamente constituida para presentarse así entre ellos, desfigurada, agitada, pero victoriosa, adorable!

Mercería

En mi trabajo, las citas son como salteadores de caminos que irrumpen armados y arrebatan la convicción al ocioso paseante.

El asesinato del criminal puede ser moral… jamás su legitimación.

Dios se cuida de la nutrición de todos los hombres, el estado de su desnutrición.

La expresión de las personas que se mueven por las pinacotecas muestra una mal disimulada decepción por que allí solo haya cuadros colgados.

Consultoría fiscal

No hay duda: existe una correlación secreta entre la medida de los bienes y la medida de la vida, quiero decir, entre dinero y tiempo. Cuando más trivialmente se llena el tiempo de una vida, tanto más frágiles, polimorfos, disparejos son sus instantes, mientras que el gran periodo caracteriza la existencia del hombre superior. Muy justamente propone Lichtenberg[111] hablar de empequeñecimiento del tiempo en lugar de acortamiento, y él mismo observa: «Un par de docenas de minutos equivalen a una vida de cuarenta y cinco años y pico»[112]. Allí donde está en curso una moneda de la que una docena de millones de unidades no significa nada, la vida tendrá que ser contada por segundos en lugar de por años, si es que quiere parecer respetable como suma. Y, conforme con esto, será despilfarrada como un fajo de billetes: Austria no puede desacostumbrarse a contar en coronas[113].

El dinero y la lluvia van juntos. El tiempo meteorológico mismo es un índice del estado de este mundo. La felicidad carece de nubes, no sabe de climas. También habrá un reino sin nubes de los bienes perfectos, sobre los que no llueva dinero alguno.

Habría que hacer un análisis descriptivo de los billetes de banco. Un libro cuya ilimitada fuerza de sátira solo tendría su igual en la fuerza de su objetividad. Pues en ningún lugar como en estos documentos se comporta ya el capitalismo ingenuamente en su sacrosanta seriedad. Los inocentes niños que aquí juegan con cifras, las diosas que sostienen las Tablas de la Ley y los héroes maduros que envainan su espada ante las unidades monetarias son un mundo para sí: arquitectura para la fachada del infierno. —Si Lichtenberg hubiese encontrado difundido el papel moneda, el plan de esta obra no se le habría escapado.

Protección legal para indigentes

Editor: Mis expectativas han sido gravísimamente defraudadas. Sus cosas no tienen impacto alguno en el público; no atraen lo más mínimo. Y yo no he escatimado en la edición. He tirado la casa por la ventana en publicidad. —Usted sabe cuánto le aprecio, antes y ahora. Pero no podrá tomarse a mal que mi conciencia comercial también se inquiete. Si alguien hace lo que puede por sus autores, ese soy yo. Pero al fin y al cabo también tengo mujer e hijos de los que ocuparme. Naturalmente, no quiero decir que le guarde rencor por las pérdidas de los últimos años. Pero sí me quedará el amargo sentimiento de una decepción. Por desgracia, me es absolutamente imposible seguir apoyándole.

Autor: ¡Señor mío! ¿Por qué se hizo usted editor? Lo averiguaremos enseguida. Pero antes permítame decirle una cosa: yo figuro en su archivo con el n.º 27. Usted ha publicado cinco libros míos; es decir, ha apostado cinco veces por el 27. Lamento que no saliera el 27. Por lo demás, solo me ha apostado a ganador y colocado. Solo porque me encuentro al lado de su número de la suerte, el 28. —Por qué se hizo usted editor ahora lo sabe. Igual podría haber abrazado una profesión honesta, como su señor padre. Pero vivir siempre al día… así es la juventud. Continúe con sus costumbres. Pero evite dárselas de comerciante honrado. No ponga cara de inocente si lo ha perdido todo en el juego; no cuente nada de su jornada laboral de ocho horas ni de que por la noche casi no consigue descansar. «Ante todo una cosa, hijo mío, ¡sé leal y sincero!». ¡Y no les monte escenas a sus números! ¡Si no, le echarán!

Timbre de noche para llamar al médico

La satisfacción sexual libra al hombre de su secreto, que no consiste en la sexualidad, pero que en su satisfacción, y tal vez solamente en ella, es amputado, no resuelto. Cabe compararlo con la cadena que lo liga a la vida. La mujer la rompe, el hombre queda libre para la muerte porque su vida ha perdido el secreto. Con ello vuelve a nacer, y así como la amada lo libera del hechizo de la madre, la mujer lo desliga más literalmente de la madre tierra, la comadrona que corta ese cordón umbilical tejido con el secreto de la naturaleza.

Madame Ariane, segundo patio a la izquierda

Quien pregunta a adivinas por el futuro pone de manifiesto sin saberlo un conocimiento íntimo de lo por venir mil veces más preciso que todo lo que allí pueda oír. Lo guía más la inercia que la curiosidad, y nada se parece menos a la estupidez resignada con la que asiste a la revelación de su destino que la peligrosa, presta maniobra con que el valiente afronta el futuro. Pues su extracto es la presencia de ánimo: captar exactamente qué está sucediendo en este segundo es más decisivo que conocer con antelación lo más remoto. Augurios, barruntos, señales atraviesan en efecto día y noche nuestro organismo como oleadas. Interpretarlos o aprovecharlos, esa es la cuestión. Pero ambas cosas son incompatibles. La cobardía y la inercia aconsejan lo uno, la sobriedad y la libertad lo otro. Pues antes de que tal profecía o advertencia se convierta en algo comunicable, palabra o imagen, ya se habrá extinguido su mejor fuerza, la fuerza con que nos da de lleno y nos obliga, apenas sabemos cómo, a actuar conforme a ella. Si la echamos en saco roto, entonces, y solo entonces, se descifra. La leemos. Pero ya es demasiado tarde. De ahí que, cuando de improviso se declara un incendio o de un cielo sereno cae una noticia luctuosa, en el primer momento de terror mudo surja un sentimiento de culpa, el reproche amorfo: ¿no lo sabías tú en el fondo? La última vez que hablaste del muerto, ¿no sonaba ya su nombre de un modo distinto en tus labios? ¿No te hace señas en medio de las llamas el anoche cuya lengua solo ahora entiendes? Y si se ha perdido un objeto que adorabas, ¿no había ya en torno a él, horas, días antes, un halo, de sorna o de tristeza, que te avisaba? Lo mismo que los rayos ultravioleta, el recuerdo muestra a cada uno en el libro de la vida una escritura que, invisible, como profecía, glosaba el texto. Pero no se canjean impunemente las intenciones,

no se entrega la vida no vivida a cartas, espíritus y estrellas que en un santiamén la dilapidan y abusan de ella para devolvérnosla ultrajada; no se le hurta impunemente al cuerpo su poder para medirse con los hados en su propio terreno y vencer. El instante son las Horcas Caudinas[114] bajo las cuales el destino se doblega ante él. Transformar la amenaza del futuro en el ahora cumplido, este prodigio telepático, el único deseable, es obra de una presencia de ánimo corpórea. Los tiempos primitivos, en los que tal comportamiento formaba parte de la economía doméstica diaria del hombre, le daban a este en el cuerpo desnudo el instrumento más fiable de adivinación. La Antigüedad todavía conocía la verdadera praxis, y Escipión[115], cuando al pisar suelo de Cartago dio un traspiés, extendiendo los brazos proclamó al caer la fórmula de la victoria: «*Teneo te, Terra Africana!*»[116]. Lo que pudo haber sido signo de funesto, imagen de desgracia, él lo ata corporalmente con el momento y hace de sí mismo el factótum de su cuerpo. Justamente en esto han celebrado desde siempre sus mayores triunfos las antiguas prácticas ascéticas del ayuno, la castidad y la vigilia. El día se extiende cada mañana sobre nuestra cama como una camisa acabada de lavar; este tejido incomparablemente delicado, incomparablemente denso de un vaticinio limpio nos sienta que ni pintado. La dicha de las veinticuatro horas siguientes depende de que al despertar sepamos atraparla.

Guardarropa de máscaras

El portador de la noticia de una defunción se tiene por muy importante. Su sentimiento hace de él —contra toda razón— mensajero del reino de los muertos. Pues la comunidad de todos los muertos es tan gigantesca que incluso quien solo informa de una defunción la percibe. *Ad plures ire*[117] significaba entre los latinos morir.

En Bellinzona[118] observé a tres sacerdotes en la sala de espera de la estación de trenes. Estaban sentados en un banco casi enfrente mío. Me fijé atentamente en los gestos del que estaba sentado en medio y se distinguía de sus hermanos por una caperuza roja. Les habla manteniendo las manos juntas sobre el regazo y solo de vez en cuando alza y mueve muy poco la una o la otra. Pienso: la mano derecha debe saber siempre lo que hace la izquierda[119].

¿Quién, al menos una vez, no ha salido del metro al aire libre y se ha sorprendido de caminar por arriba a plena luz del sol? Y, sin embargo, el sol brillaba un par de minutos antes, cuando él bajó, con exactamente la misma claridad. Así de rápido olvida el tiempo que hacía en el mundo superior. Con la misma rapidez lo olvidará este mismo a él. Pues ¿quién puede decir de su existencia más que ha pasado por la vida de otros dos o tres con la misma ternura y proximidad que el tiempo meteorológico?

Una y otra vez, en Shakespeare[120], en Calderón[121] los combates ocupan el último acto, y reyes, príncipes, escuderos y séquito «entran huyendo». El instante en que se hacen visibles a los espectadores los hace detenerse. La escena da el alto a la fuga de los personajes del drama. Su entrada en el campo visual de los ajenos a la acción y en verdad superiores permite tomar aliento a los abandonados y los envuelve en un aire nuevo. De ahí que la

repentina aparición en escena de los que entran «huyendo» tenga su significado oculto. En la lectura de esta fórmula entra en juego la expectativa de un lugar, de una luz o de unas candilejas en las que también nuestra huida por la vida quede a salvo de observadores extraños.

Oficina de apuestas

La existencia burguesa es el régimen de los asuntos privados. Cuanto más importante y rico en consecuencias es un tipo de conducta, tanto más eximido de control queda. Credo político, situación financiera, religión… todo esto quiere esconderse, y la familia es el edificio pútrido, tenebroso, en cuyos ángulos y rincones se han asentado los instintos más mezquinos. El filisteísmo proclama la privatización integral de la vida amorosa. Así, el galanteo se le ha convertido en un proceso mudo, obstinado entre cuatro ojos, y este galanteo completamente privado, exento de toda responsabilidad, es lo propiamente nuevo en el *flirt*[122]. En contra, el tipo proletario y el feudal se parecen en que en el galanteo vencen mucho menos sobre la mujer que sobre sus competidores. Pero esto significa respetar a la mujer mucho más profundamente que en su «libertad», acatar su voluntad sin rechistar. Feudal y proletario es el desplazamiento de los acentos eróticos a lo público. Mostrarse con una mujer en tal o cual ocasión puede significar más que acostarse con ella. Así, también en el matrimonio el valor no reside en la infructífera «armonía» de los cónyuges: como repercusión excéntrica de sus luchas y rivalidades sale también a la luz, lo mismo que el hijo, la fuerza espiritual del matrimonio.

Cervecería

Los marineros rara vez bajan a tierra; el servicio en alta mar es un permiso dominical comparado con el trabajo en los puertos, donde a menudo se ha de descargar día y noche. Cuando a un grupo se le concede luego un permiso para bajar a tierra durante un par de horas, ya ha oscurecido. En el mejor de los casos, la catedral se yergue como lúgubre masa en el camino a la taberna. La cervecería es la llave de cualquier ciudad; saber dónde se puede beber cerveza alemana es geografía y etnología suficientes. El bar de los marineros alemanes despliega el plano nocturno de la ciudad: desde ahí no es difícil encontrar el camino al burdel o a los otros bares. Su nombre aparece desde hace días en las conversaciones de sobremesa. Pues cuando se ha zarpado de un puerto, uno tras otro enarbolan como pequeños gallardetes los sobrenombres de los locales y las salas de baile, de las hermosas mujeres y los platos nacionales del próximo. Pero quién sabe si esta vez se bajará a tierra. Por eso, en cuanto el barco ha declarado y atracado, suben a bordo vendedores de recuerdos: collares y tarjetas postales, cuadros al óleo, cuchillos y figuritas de mármol. La ciudad no es visitada, sino comprada. En la maleta del marinero se encuentra el cinturón de cuero de Hong Kong[123] junto a la vista panorámica de Palermo[124] y la foto de una chica de Stettin[125]. Así exactamente es su verdadero hogar. Nada saben de la neblinosa lejanía en la que para el burgués están envueltos mundos exóticos. Lo que primero se impone en cada ciudad es el servicio a bordo, y luego la cerveza alemana, el jabón de afeitar inglés y el tabaco holandés. Para ellos está presente hasta en la médula la norma internacional de la industria, ni las palmeras ni los icebergs los engañan. El marinero ha «devorado» la cercanía, y solo los matices más exactos le dicen algo. Sabe distinguir los países mejor por la preparación de su

pescado que por la construcción de las casas y la decoración del paisaje. Hasta tal punto está a gusto en el detalle que en el océano las rutas en las que se cruza con otros barcos (y con el aullido de la sirena saluda a los de su propia empresa) se le convierten en ruidosas carreteras en las que se ha de ceder el paso. En alta mar vive en una ciudad en la que, en la Cannebière[126] marsellesa, un bar de Puerto Saíd[127] se encuentra casi enfrente de una casa de citas hamburguesa, y el napolitano Castel dell'Ovo[128] en la plaza de Cataluña de Barcelona[129]. Entre los oficiales, la ciudad natal aún ostenta la primacía. Pero para el grumete, o para el fogonero, las personas cuya fuerza de trabajo transportada mantiene en el casco del barco contacto con la mercancía, los puertos entrelazados ya no son patria, sino cuna. Y cuando se los escucha, uno se percata de qué mendacidad se oculta en el viajar.

¡Prohibido mendigar y vender a domicilio!

Todas las religiones han ensalzado al mendigo. Pues él demuestra que el espíritu y los postulados, las consecuencias y los principios fracasan vergonzosamente en un asunto tan prosaico y banal como sagrado y vivificante cual era el dar limosna.

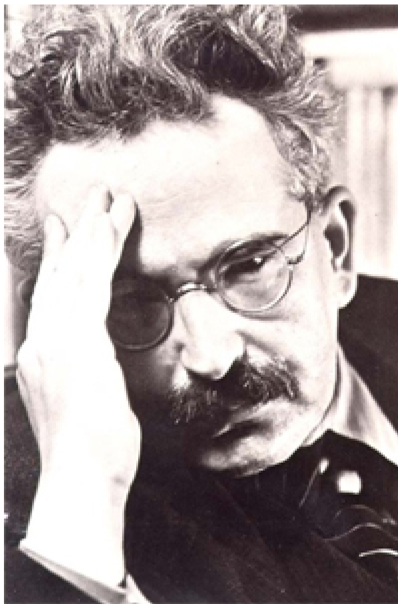
Uno se queja de los mendigos del sur, y se olvida que su insistencia ante nuestras narices está tan justificada como la obstinación del erudito frente a textos difíciles. Ninguna sombra de vacilación, ninguna mínima aquiescencia o reflexión, se les escapa en nuestros rostros. La telepatía del cochero que con su grito no nos hace sino ver claro que no somos reacios a viajar, del buhonero que extrae de entre su quincalla el único collar o camafeo que podría seducirnos son del mismo cuño.

Al planetario

Si, como antaño Hillel[130] con la doctrina judía, hubiera que resumir con la máxima brevedad la doctrina de la Antigüedad, la frase debería sonar: «La Tierra solamente pertenecerá a quienes vivan de las fuerzas del cosmos». Nada distingue tanto al hombre antiguo del moderno como su entrega a una experiencia cósmica que el segundo apenas conoce. El naufragio de esta ya se anuncia en el florecimiento de la astronomía a comienzos de la Edad Moderna. Ciertamente, a Kepler[131], Copérnico[132], Tycho Brahe[133] no los movieron únicamente impulsos científicos. Pero, sin embargo, el hincapié exclusivo sobre una conexión óptica con el universo, a la cual la astronomía llevó muy pronto, contiene un presagio de lo que había de venir. El trato antiguo con el cosmos se consumaba de otro modo: en la embriaguez. De hecho, la embriaguez es la única experiencia en la que nos cercioramos de lo más próximo y de lo más remoto, y nunca de lo uno sin lo otro. Pero eso quiere decir que, embriagado, el hombre solo puede comunicar con el cosmos en comunidad. La temible aberración de los modernos es considerar esta experiencia como fútil, como irrelevante, y dejársela al individuo como delirio en bellas noches estrelladas. No, una y otra vez se impone de nuevo, y además pueblos y razas escapan a ella tan poco como del modo más terrible ha demostrado la última guerra[134], que fue un intento de celebrar nuevos, inauditos desposorios con las potencias cósmicas. Masas humanas, gases, fuerzas eléctricas fueron arrojadas al campo raso, corrientes de altas frecuencias atravesaron el paisaje, en el cielo surgieron nuevos astros, el espacio aéreo y las profundidades marinas bramaron con los propulsores, y por todas partes se excavaron fosas sacrificiales en la Madre Tierra. Este gran galanteo con el cosmos se consumó por primera vez a escala planetaria, es decir,

en el espíritu de la técnica. Pero como el afán de lucro de la clase dominante pensaba satisfacer su deseo a expensas de esta, la técnica traicionó a la humanidad y convirtió el lecho nupcial en un mar de sangre. El dominio de la naturaleza, enseñan los imperialistas, es el sentido de toda técnica. Pero ¿quién confiaría en un maestro del palmetazo que proclamara el dominio de los niños por parte de los adultos como el sentido de la educación? ¿No es la educación, ante todo, la organización indispensable de la relación entre las generaciones, y, por consiguiente, si se quiere hablar de dominio, es del dominio de las relaciones entre generaciones y no de los niños? Y, así, tampoco la técnica es el dominio de la naturaleza, sino el dominio de la relación entre la naturaleza y la humanidad. Los hombres, en cuanto especie, están ciertamente desde hace milenios al final de su evolución; pero la humanidad, en cuanto especie, está al comienzo de la suya. En la técnica se le está organizando una *physis*[135] en la que su contacto con el cosmos se forma de manera nueva y diferente a como en los pueblos y familias. Baste recordar la experiencia con las velocidades gracias a la cual ahora la humanidad se está equipando para imprevisibles viajes al interior del tiempo, para allí encontrarse con ritmos a los que los enfermos se recuperarán como antes en las altas montañas o en los mares meridionales. Los *Lunaparks*[136] son una prefiguración de los sanatorios. El estremecimiento producido por una auténtica experiencia cósmica no está ligado a ese minúsculo fragmento de la naturaleza al que solemos llamar «naturaleza». En las noches de exterminio de la última guerra, una sensación similar a la felicidad de los epilépticos sacudía los miembros de la humanidad. Y las revueltas que le siguieron fueron el primer intento por hacerse con el control del nuevo cuerpo. El poder del proletariado es la escala de su convalecencia. Si su disciplina no lo penetra hasta la médula, ningún razonamiento pacifista lo salvará. Solo en la embriaguez de la procreación supera lo vivo el vértigo del aniquilamiento.

Escrito en 1923-1926; publicado en 1928.



WALTER BENJAMIN (Berlín, 15 de julio de 1892 – Portbou, 27 de septiembre de 1940) fue un filósofo, crítico literario, crítico social, traductor, locutor de radio y ensayista alemán. Su pensamiento recoge elementos del Idealismo alemán o el Romanticismo, del materialismo histórico y del misticismo judío que le permitirán hacer contribuciones perdurables e influyentes en la teoría estética y el Marxismo occidental. Su pensamiento se asocia con la Escuela de Frankfurt.

Con la llegada del nazismo a Alemania y la posterior persecución de judíos y marxistas, abandonó Berlín para siempre y se trasladó a Ibiza, Niza, y finalmente a París.

Walter Benjamin murió el 26 o 27 de septiembre de 1940 en Portbou, (España), tras ingerir una dosis letal de morfina en un hotel de la localidad fronteriza pirenaica, después de que el grupo de refugiados judíos que integraba fuera interceptado por la policía española cuando intentaba salir de Francia.

Notas

[1] Asja Lacis (1891-1979): actriz y directora de teatro letona. Revolucionaria soviética en 1917, contribuyó a la difusión internacional de la obra de dramaturgos como, entre otros, Bertolt Brecht. En 1924, buscando un clima favorable a los delicados pulmones de una de sus hijas, viajó a Capri; allí fue donde conoció a Walter Benjamin, con quien colaboró profesionalmente y, hasta 1926, mantuvo una relación sentimental. Detenida y deportada por la KGB, entre 1938 y 1948 permaneció internada en Kazajistán. En 1956 fue readmitida en el Partido Comunista de la Unión Soviética.<<

[2] Johann Wolfgang Goethe (1749-1832): escritor alemán. Su polifacética obra marca el valor más alto de las letras alemanas. <<

[3] Weimar: ciudad alemana de la región de Turingia. Goethe, que residió allí desde 1775 hasta su muerte, la convirtió en una de las más importantes capitales de la cultura europea. <<

[4] *Überzeugen*: palabra compuesta por *über* («sobre») y *zeugen* («engendrar»). <<

[5] Cfr.: «El celo [hace] al genio», final del último verso del poema «Bajo un retrato de Adolf Menzel», incluido en la colección de *Poemas* publicado en Stuttgart y Berlín el año 1908 (p. 325) por Theodor Fontane: «Dones, ¿quién no los tendría? / Talentos, juguetes para los niños. / Solo la seriedad hace al hombre, solo el celo al genio». —Theodor Fontane (1819-1898): novelista y poeta alemán. Cultivó el realismo desde una perspectiva costumbrista y amablemente irónica. <<

[6] *Attrativa*: en italiano, «atractivo, gracia, encanto». <<

[7] Edgar Alan Poe (1809-1849): escritor estadounidense. Además de los poemas, en su obra son notables los cuentos de horror fantástico o policíacos. <<

[8] Charles Baudelaire (1821-1867): escritor francés. Su obra puso los cimientos de la poesía moderna, desde el simbolismo hasta el surrealismo. Él mismo y uno de sus temas favoritos, la ciudad de París, fueron objeto de atención frecuente para Benjamin. <<

[9] Fiódor Dostoievski (1821-1881): novelista ruso. Su visión del hombre desgarrado entre la presencia del mal y la búsqueda de Dios, entre lo inconsciente y lo consciente, ejercieron una importante influencia sobre la literatura y el mundo espiritual de finales del siglo XIX y posteriormente. <<

[10] *Kelim*: en Turquía, tejido tapizado con vivos colores. <<

[11] *Kanato*: palabra de origen turcomongol utilizada para describir una entidad política gobernada por un *kan* («máximo gobernante»: *gran kan* equivaldría a «emperador»). <<

[12] Arthur Conan Doyle (1859-1930): novelista, dramaturgo e historiador escocés. Inspirado por el Dupin de Poe, Sherlock Holmes, su personaje más famoso, fue el primer detective de ficción que alcanzó fama mundial. <<

[13] Anna Katherine Green (1846-1935): poeta y novelista estadounidense. Fue pionera de la ficción detectivesca en los Estados Unidos. <<

[14] Gaston Leroux (1868-1927): novelista y periodista francés. Escribió más de 40 novelas de aventuras y policíacas, por lo general publicadas por entregas semanales en la prensa. La más famosa de ellas, *El fantasma de la ópera* (1909-1910), combina el romance, el terror, el misterio y la tragedia de un modo que se constituyó en paradigma de la novela gótica. Narra la historia de un hombre misterioso que aterroriza la Ópera de París para atraer la atención de una joven cantante de la que está enamorado. <<

[15] En francés: «Nunca paso ante un fetiche de madera, ante un Buda de oro o ante un ídolo mexicano sin decirme: este es tal vez el verdadero dios». <<

[16] San Pablo: 2 Ts 3, 10. <<

[17] *ἀνά*: en griego, «arriba».<<

[18] *vie*: en francés, «vida». <<

[19] *witz*: en alemán, «chiste». <<

[20] Kurfürstendamm («Terraplén de los Príncipes Electores»): avenida de Berlín, llena de establecimientos comerciales y donde tradicionalmente han fijado su residencia personas pudientes. <<

[21] *Bücherrevisor*: literalmente, «revisor de libros». <<

[22] Martín Lutero (1483-1546): reformador religioso alemán. Su traducción de la Biblia (1534) resultó decisiva, además de para el acceso directo de los creyentes al texto sagrado, para la instauración de un canon lingüístico culto compartido por todas las comunidades de habla alemana. <<

[23] Stéphane Mallarmé (1842-1898): poeta francés. Junto con Rimbaud, es el poeta más representativo del movimiento simbolista. Su influencia ha sido enorme sobre la poesía contemporánea, y la elíptica oscuridad de su estilo ha dado lugar a una gran diversidad de interpretaciones críticas. <<

[24] *Un coup de dés jamais n'abolira le hasard* [«Una tirada de dados jamás abolirá el azar»], poema de Mallarmé aparecido en 1897 en la revista *Cosmopolis* y publicado en 1914 en *La Nouvelle Revue française*, es uno de los primeros poemas tipográficos en lengua francesa. <<

[25] Dadaístas: movimiento artístico, particularmente activo en pintura y poesía, que entre 1916 y 1922 se desarrolló simultáneamente en diferentes ciudades de Europa y los Estados Unidos. Desde una radical voluntad de provocación negativista frente al sentido común y todas las reglas morales y legales establecidas, valoraba más el gesto que la obra en sí. Carente de cualquier programa, pronto acabó por limitarse al descubrimiento de juegos de palabras sorprendentes y del valor autónomo de las palabras con respecto a su posición en la construcción lógica de la frase. <<

[26] *Nulla dies sine linea*: en latín, «ningún día sin una línea». Proverbio incluido por Plinio el Viejo en su *Historia natural* 36. —Plinio el Viejo (23-79): militar, político y naturalista romano. <<

[27] Pablo Ruiz Picasso (1881-1973): pintor, dibujante, grabador, escultor, ceramista y escritor español. Ningún artista plástico del siglo XX ha ejercido mayor influencia sobre sus contemporáneos. <<

[28] *Inhalt*: «contenido» en el sentido de una frase como «Esta botella contiene un litro de leche». <<

[29] *Gehalt*: «contenido» en el sentido de una frase como «Esta botella de leche contiene 3,6 g de grasa». Para evitar la confusión, aquí «sustancia». <<

[30] *cénacle*: en francés, «cenáculo». <<

[31] *Sächlichkeit*. <<

[32] *Sache*. <<

[33] *Sache*. <<

[34] Friedrich Hölderlin (1770-1843): poeta alemán. Se le considera el más grande representante del romanticismo en la poesía alemana. <<

[35] Heinrich Kleist (1777-1811): escritor y dramaturgo alemán. Su obra prolonga los ideales de la Ilustración sin rendirlos al clasicismo ni al romanticismo. <<

[36] Ludwig van Beethoven (1770-1827): músico alemán. Su legado compositivo, puente imprescindible entre el clasicismo y el romanticismo, hace de él una de las figuras más importantes de la historia de la música. <<

[37] Johann Paul Friedrich Richter, pseud. Jean Paul (1763-1825): novelista alemán. Sus novelas combinan el idealismo de Fichte con el sentimentalismo romántico del *Sturm und Drang*. Fue muy popular y admirado en vida, entre otras cosas por sus cálidos retratos de la vida sencilla y por su humor combinado con el lirismo y la musicalidad en la expresión. <<

[38] *In nuce*: en latín, «en esencia», «en compendio», «en pocas palabras» (literalmente, «en la nuez»). <<

[39] En francés: «Trece: tuve un placer cruel al detenerme en este número». <<

[40] Marcel Proust (1871-1922): escritor francés. Autor de la novela en siete volúmenes *En busca del tiempo perdido* (publ. 1913-1927), considerada una de las obras más influyentes de la literatura del siglo XX. <<

[41] En francés: «El repliegue virgen del libro todavía se presta a un sacrificio por el que sangró el canto rojo de los antiguos tomos; la introducción de un arma o abrecartas para establecer la toma de posesión». —Cfr. S. Mallarmé, *Oeuvres complètes*, H. Mondor y G. Jean-Aubry (eds.), París, Gallimard, 1989. <<

[42] Riga: capital de Letonia, república a orillas del Báltico fundada en 1918 e independiente desde entonces hasta 1940 (cuando fue anexionada por la Unión Soviética), y desde 1991 hasta la actualidad. <<

[43] Pharus: marca de planos urbanos desplegables sumamente popular en la Alemania de los años 1920. <<

[44] Estos son los últimos cuatro versos del poema *Dichosa nostalgia*, con que se cierra el primer libro, *Libro del cantor*, del *Diván de Occidente y Oriente*, de Goethe. Con una ligera modificación, aquí se han vertido en la traducción de Rafael Cansinos Assens (Goethe, *Obras completas*, vol. I, 4.ª ed., 1.ª reimpr.), Madrid, 1974, p. 1669.<<

[45]*Place de la Concorde* (en francés, «plaza de la Concordia»): plaza abierta en la ciudad de París, al comienzo de la avenida de los Campos Elíseos, a mediados del siglo XVIII. Durante la Revolución francesa, allí se instaló la guillotina con que, entre otros, fueron ejecutados el rey Luis XVI y su esposa María Antonieta.<<

[46] Desde 1830, en la plaza de la Concordia se alza un obelisco de 22,8 m donado por el gobernador de Egipto. Procede del templo de Luxor (en cuya fachada aún se encuentra su hermano gemelo), donde lo mandó construir el faraón Ramsés II. <<

[47] Arcadia: provincia de la antigua Grecia. Con el tiempo, se convirtió en el nombre de un país imaginario en el que poetas y artistas, sobre todo del Renacimiento y el Romanticismo, ubicaron el reino de la felicidad, la sencillez y la paz en un ambiente idílico habitado por una población de pastores en comunión con la naturaleza. <<

[48] Don Juan: personaje arquetípico, creado por la literatura española (Tirso de Molina) y luego empleado por otros muchos autores, del seductor libertino y burlador, valiente y osado hasta la temeridad, que no conoce ninguna ley ni humana ni divina. <<

[49] Arión: legendario poeta griego (siglo VI a. C.). Durante una travesía marítima, los marineros quisieron matarlo para robarle su dinero, pero él escapó a lomos de un delfín al que había llamado con su aguda voz. A su muerte, Apolo formó la constelación del delfín con su figura y el delfín que lo había salvado. <<

[50] Según la mitología griega, Zeus, que se había enamorado de la bella princesa Europa, se transformó en toro para seducirla y llevársela a lomos a Creta, donde se unió a ella. <<

[51] Máquina de reproducción musical diseñada para sonar como una orquesta o banda a partir de un rollo o cilindro de música. El advenimiento de la era del *jazz* lo llevó a su cénit en la Alemania de los años 1920. <<

[52] Gustav Roethe (1859-1926): germanista alemán. Tras la Primera Guerra Mundial y como militante del Partido Popular Nacional Alemán, mostró una posición muy crítica hacia la república de Weimar. Ocupó importantes cargos académicos, entre ellos el rectorado de la Universidad de Berlín (1923-1924). <<

[53] Leonardo da Vinci (1452-1519): pintor, arquitecto, escultor, ingeniero y teórico italiano. Arquetipo del genio universal renacentista. El busto en cera de *Flora*, fechado en los años 1510, se conserva en el Museo Estatal de Berlín. <<

[54] *Schamröte*: juego de palabras entre Roethe y *röte*, que se pronuncian igual. <<

[55] *Morgenstunde hat Gold im Munde*: refrán alemán equivalente al español «A quien madruga, Dios le ayuda». *Morgenstunde* («hora matinal») enlazaría con *Morgenröte* («alba», «aurora»). <<

[56] En francés: «La cabeza, con los mechones de su oscuro cabello / y sus joyas preciosas, / sobre la mesilla, como un renúnculo, / reposa». (Del poema *Una mártir*, incluido en *Las flores del mal* [ed. esp.: *Obra poética completa*, Akal, Madrid, 2003, pp. 247s.]). <<

[57] Cfr. «Si en general existe una señal para los enamorados, es que para ambos no solo se ha cerrado el abismo del sexo, sino también el de la familia», en «*Las afinidades electivas» de Goethe*, en Walter Benjamin, *Obras*, libro I, vol. 1, Abada, Madrid, 2006, p. 179. <<

[58] *L’Intran [L’intrasigéant], Paris-Soir, La Liberté:* cabeceras de periódicos parisinos. <<

[59] Karl Kraus (1874-1936): escritor austríaco. Próximo a ciertos poetas expresionistas (E. Lasker-Schüler, G. Trakl) a los que por lo demás apoyó, fundó la revista *La antorcha* (*Die Fackel*, 1899), desde la cual llegó a convertirse en implacable juez supremo de la vida social, política y cultural austriaca de su tiempo. Polemista de estilo abrupto y terriblemente satírico, dejó varios volúmenes de versos, aforismos, traducciones y dramas. Contra la guerra escribió *Los últimos días de la humanidad* (1914) y contra el nacionalsocialismo *La tercera noche de Walpurgis* (que no se publicó hasta 1952). En 1911 se convirtió al catolicismo apadrinado por el arquitecto Adolf Loos. <<

[60] Cfr. *Bekenntnis [Credo],* en Karl Kraus, *Worte in Versen [Palabras en versos],* II, Leipzig, 1920, p. 24. <<

[61] Danaide: en la mitología clásica, las danaides eran las 50 hijas de Dánao. Llegados padre e hijas desde Libia huyendo de Egipto (hermano de Dánao) y los 50 hijos de este, las danaides buscaron fuentes con las que poner fin a la sequía que padecía Argos. Cuando Egipto y sus hijos llegaron allí, concertaron 50 bodas con las danaides, pero la noche de bodas estas los mataron a todos, salvo Hipermestra a Linceo por haberla respetado. Cuando Linceo se apoderó del trono de Argos, en venganza mató a Dánao y las danaides, las cuales en el Hades se representan esforzándose inútilmente por llenar de agua una crátera sin fondo, quizá intentando proporcionarse el baño lustral de novia, quizá con la esperanza de purificarse por el delito del derramamiento de sangre.
<<

[62] Sísifo: personaje mitológico que por su extrema astucia fue condenado por los dioses a empujar eternamente hasta lo alto de una colina una roca que una y otra vez caía a la base, por lo cual él se veía obligado a empujarla de nuevo. <<

[63] *Los abandonados*: poema de Kraus incluido en *Worten in Versen*, V (*vid. supra* n. 60), p. 17. <<

[64] *Dichosa nostalgia*: poema de Goethe (*vid. supra* n. 44). <<

[65] Atrani: antigua villa de pescadores en el sur de Italia, cerca de Nápoles en el golfo de Salerno. Hoy día forma parte de la ciudad de Amalfi. Su iglesia de San Salvatore de Bireto data del año 940. <<

[66] Versalles: hoy suburbio al oeste de París, esta ciudad (*commune*) es especialmente famosa por su castillo (*château*), palacio residencial de la familia real francesa y sede gubernamental en diferentes periodos entre 1682 y 1879. <<

[67] *Par Ordre Du Roi*: en francés, «Por orden del Rey». <<

[68] *Féerie*: en francés, «comedia de magia», «cuento de hadas». La representación de un cuento de hadas, normalmente al aire libre, sobre un escenario fastuoso y con rebuscado vestuario, fue un espectáculo popular en Inglaterra y Francia durante los siglos XVII y XVIII. <<

[69] André Le Nôtre (1613-1700): arquitecto paisajista francés. Diseñó los jardines de Versalles y los de las Tullerías en París. <<

[70] Castillo de Heidelberg: situado en un altozano, este castillo domina la vista sobre el casco antiguo de la ciudad de Heidelberg (estado de Baden-Wurtemberg, Alemania). Su estructura más antigua data de comienzos del siglo XIII, pero luego ha sido objeto de numerosas ampliaciones y restauraciones. Ante la imposibilidad de una reconstrucción absolutamente fidedigna, a finales del siglo XIX se decidió estabilizar la mayor parte de sus ruinas, estado en el que desde entonces se conserva. <<

[71] Alcázar de Sevilla: conjunto de edificios palaciegos rodeados por una muralla, situados en la capital andaluza. En su construcción, iniciada en la Alta Edad Media, se emplearon diferentes estilos, desde el islámico hasta el renacentista y el barroco, pasando por el mudéjar y el gótico. <<

[72] Catedral de Marsella: catedral de Santa María la Mayor, construida en un llamativo estilo románico-bizantino por Léon Vaudoyer, entre 1852 y 1893, fuera del centro de la ciudad de Marsella (en el sur de Francia, la segunda del país en población), entre el Puerto Viejo y el «nuevo» puerto comercial, cerca del distrito de la Joliette y del Fuerte St. John. <<

[73] Catedral de Friburgo: construida en varias fases durante los siglos XII y XIII, este templo situado en el centro de Friburgo de Brisgovia (estado de Baden-Wurtemberg, Alemania) conserva algunas partes románicas pero es predominantemente gótico. De este estilo es la airosa torre, cada vez más afiligranada a medida que gana en altura. <<

[74] Catedral de San Basilio de Moscú: la catedral de la Intercesión de la Virgen en el Montículo, más conocida como catedral de San Basilio, es un templo ortodoxo situado en la Plaza Roja de la capital de Rusia. Destaca por sus cúpulas en forma de bulbo. Su construcción fue ordenada por el zar Iván el Terrible para conmemorar la conquista del kanato de Kazán, y se realizó entre 1555 y 1561. En 1588, el zar Fiodor Ivanovich ordenó que se agregara una nueva capilla en el lado este de la construcción, sobre la tumba de san Basilio el Bendito, santo por el cual se empezó a llamar popularmente la catedral. En sus capillas pueden admirarse iconostasios de los siglos XVI-XIX, algunos de ellos compuestos por obras maestras del arte antiguo ruso. <<

[75] Boscotrecase: pueblo situado al pie del volcán Vesubio, en Italia, a unos 18 km al sudeste de Nápoles, en la provincia de la Campania. <<

[76] Museo Nacional de Nápoles: museo instalado en un palacio construido en 1565 y famoso sobre todo por las piezas escultóricas y pictóricas que conserva de la Antigüedad. <<

[77] Baptisterio de Florencia (baptisterio de San Juan): edificio religioso en Florencia (región de la Toscana, en Italia). Es particularmente famoso por sus tres conjuntos de puertas de bronce, de considerable valor artístico. Se encuentra en la Piazza del Duomo, al oeste de la catedral Santa María dei Fiore. Sobre restos de monumentos anteriores (los últimos ya con planta octogonal), lo construyó Giovanni Villani en el siglo XIV. <<

[78] Andrea Pisano (1295-1349): orfebre, escultor y arquitecto italiano. Se le conoce sobre todo por ser el autor de la puerta meridional, de bronce, del baptisterio de San Juan de Florencia, donde realizó relieves de la vida de san Juan Bautista con alegorías de las virtudes cardinales y teologales, entre ellas la *Spes* (en latín, *Esperanza*). <<

[79] *Tirs aux pigeons*: en francés, «tiros al blanco». <<

[80] *Jeanne d’Arc en prison*: en francés, «Juana de arco en prisión». —Juana de Arco (*ca*. 1412-1431): heroína francesa de la Guerra de los Cien Años, en la que participó para liberar a los franceses del yugo inglés por orden de san Miguel y santa Catalina. Fue beatificada en 1909 y canonizada en 1920. <<

[81] *L’hospitalité*: en francés, «La hospitalidad». <<

[82] *Les rues de Paris*: en francés, «Las calles de París». <<

[83] *Exécution capitale*: en francés, «Ejecución capital». <<

[84] *Les délices du mariage*: en francés, «*Las delicias del matrimonio*». <<

[85] *L'enfer*: en francés, «El infierno». <<

[86] *Le bagne*: en francés, «El presidio». <<

[87] *El sastrecillo valiente, La bella durmiente, Blancanieves, Caperucita Roja*: títulos de cuentos de los Hermanos Grimm. —Jakob Grimm (1785-1863) y su hermano Wilhelm Grimm (1786-1859): filólogos alemanes. Fundadores de la Filología alemana, son sobre todo conocidos por sus colecciones de cuentos infantiles. <<

[88] En francés, «Carretera minada». <<

[89] Duina: río que desemboca en Riga. <<

[90] Lucca: capital de la provincia de su nombre en la Toscana, región del centro-norte de Italia, próxima al mar Tirreno. <<

[91] Francisco José I (1830-1916): emperador de Austria (1848-1916) y rey de Hungría (1867-1916). Es considerado el último monarca absolutista europeo. Falleció dos años antes de la disolución de su imperio con el final de la Primera Guerra Mundial. <<

[92] Pío IX (1792-1878): papa de la Iglesia católica (1846-1878). Se opuso a todos los movimientos de liberación social de su tiempo (la Revolución de 1848, el movimiento de liberación nacional italiana liderado por Garibaldi, etc.), condenó el liberalismo y el socialismo, y proclamó los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad papal. <<

[93] Elena de Montenegro (1873-1953): reina consorte de Italia (1900-1946) como esposa de Víctor Manuel III. <<

[94] Guillermo I (1797-1888): rey de Prusia (1861-1888) y emperador de Alemania (1871-1888). Desde 1862 delegó las labores de gobierno en el canciller Otto von Bismarck, que fue el auténtico motor de la Unificación alemana y de una política acusadamente conservadora. <<

[95] Napoleón III (1808-1873): emperador de Francia. Hijo de Luis Bonaparte y por tanto sobrino de Napoleón I, fue primero presidente de la Segunda República francesa (1848) y luego elegido emperador (1852). Desde unos comienzos en que mezcló el Romanticismo, el liberalismo autoritario y el socialismo utópico, acabó defendiendo el tradicionalismo y la civilización católica. <<

[96] Víctor Manuel II (1820-1878): primer rey de Italia (1868-1878), tras el triunfo del movimiento de unificación nacional liderado por él mismo en el norte y Garibaldi en el sur. <<

[97] Gargantúa: coprotagonista, junto a su hijo Pantagruel, ambos gigantes de voraz apetito, de las cinco novelas, satíricas, truculentas hasta la extravagancia, violentas y con grandes dosis de escatología, escritas en el siglo XVI por el francés François Rabelais (1494-1533). <<

[98] Chlorodont: nombre comercial de una pasta dentífrica producida en Dresde, desde 1907 por la empresa Leo-Werken y desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta comienzos de los años 1980 por VEB-Chlorodont-Leo. <<

[99] Sleipnir: nombre comercial de una línea de productos cosméticos. Se toma el nombre del caballo de ocho patas que en la mitología nórdica monta el dios Odín. <<

[100] Augías: en la mitología griega, pastor cuyos inmensos rebaños prosperaban sin cesar porque eran inmunes a las enfermedades. Murió a manos de Hércules, al que se negó a pagar lo prometido por la limpieza de sus establos. <<

[101] Conde de Saint-Germain: enigmático personaje del siglo XVIII, descrito como cortesano, aventurero, inventor, alquimista, músico, espiritista y revolucionario, figura recurrente en varias historias de temática ocultista, y famoso por su prodigiosa memoria y por su talento como narrador y conversador. Afirmaba vivir desde los tiempos de Jesucristo. <<

[102] Salas y Gómez: islote deshabitado, perteneciente a Chile, en el océano Pacífico. En 1817 fue visitado por el poeta romántico alemán Adelbert von Chamisso (1781-1838), experiencia sobre la que luego escribió un poema, sin duda conocido por Benjamin, con ese título. Se trata de una balada sobre un náufrago condenado a vivir durante años en ese islote. <<

[103] Victoria (1815-1901): reina de la Gran Bretaña e Irlanda (1837-1901) y emperatriz de las Indias (1876-1901). Su largo reinado coincidió con el apogeo de la potencia mundial de la Gran Bretaña. <<

[104] Humberto I (1844-1900): rey de Italia. Hijo y sucesor de Víctor Manuel II, promovió, aunque sin sobrepasar los límites constitucionales, el «transformismo» político para detener los progresos del socialismo en el país. Murió asesinado por un anarquista. <<

[105] Thurn y Taxis: familia aristocrática que desde 1495 hasta 1867 tuvo a su cargo el servicio postal del Imperio alemán. El nombre llegó a considerarse sinónimo de «mal servicio». <<

[106] Vasco de Gama (1469-1524): navegante portugués. Descubrió la ruta de las Indias por el cabo de Buena Esperanza (1497) y alcanzó Calcuta (1498). Inspiró los *Luisíadas* de Camoens. <<

[107] Gulliver: protagonista de la novela satírica *Los viajes de Gulliver*, publicada anónimamente en 1726 por el novelista, panfletario y poeta irlandés Jonathan Swift (1667-1745). Entre otras tierras, recorre la de los enanos habitantes de Liliput. <<

[108] Alfabeto Morse: código o sistema de representación de letras y números mediante señales telegráficas enviadas de forma intermitente. Su atribución al estadounidense Samuel Morse (1791-1872), inventor del telégrafo eléctrico, es discutida. <<

[109] Heinrich von Stephan (1831-1897): director de la administración postal del Imperio alemán, que reorganizó de manera ejemplar. <<

[110] *Si parla italiano*: en italiano, «Se habla italiano». <<

[111] Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799): ilustrado alemán de los más variados intereses, desde la física a la estética pasando por la anticipación de los análisis freudianos del inconsciente. Sus *Aforismos*, publicados póstumamente, revelan un espíritu lúcido y de humor con frecuencia cáustico. <<

[112] G. CV. Lichtenberg, *Aphorismen*, A. Leitzmann (ed.), Berlín, 1904, p. 187. <<

[113] En 1924, la corona fue sustituida por el chelín como moneda austriaca. <<

[114] Horcas Caudinas: yugos u horcas formados por los samnitas con una lanza dispuesta horizontalmente sobre otras dos clavadas en el suelo para que, como signo de humillación, pasaran inclinándose bajo ellos los soldados romanos derrotados en una batalla librada el año 321 a. C., en el marco de la Segunda Guerra Samnita, en un estrecho paso de los montes Apeninos situado cerca de la ciudad samnita de Caudio. <<

[115] Publio Cornelio Escipión el Africano (*ca*. 235 —*ca*. 183 a. C.): general y político romano. En 205, tras expulsar a los cartagineses de la península Ibérica, desembarcó en África, donde en 202 obtuvo la decisiva victoria de Zama, que puso fin a la Segunda Guerra Púnica. <<

[116] *Teneo te, Terra Africana*: en latín, «¡Te tengo, tierra africana!».
<<

[117] *Ad plures ire*: en latín, «Irse con los más». <<

[118] Bellinzona: ciudad del sur de Suiza, capital del cantón de Tesino, fronterizo con Italia. <<

[119] Cfr. Mt 6, 3. <<

[120] William Shakespeare (1564-1616): poeta dramático inglés. Tocando con magisterio universal todos los géneros, dirigida a todas las clases sociales, su obra impone la visión de una humanidad que busca incansable una autenticidad siempre huidiza en el seno de una sociedad en la que todo es apariencia y en la que ningún poder ni gloria se consiguen sino con su correspondiente coste en felicidad. <<

[121] Pedro Calderón de la Barca (1600-1681): poeta dramático español. Tanto sus autos sacramentales como el resto de su extensa producción dramática se caracterizan por una grandeza trágica sin parangón desde los grandes clásicos griegos. <<

[122] *Flirt*: en inglés, «coqueteo». <<

[123] Hong Kong: isla y ciudad situadas en la costa sur de la China. Entre 1898 y 1997 fue colonia británica. <<

[124] Palermo: ciudad italiana situada en la costa noroeste de la isla de Sicilia. <<

[125] Stettin: ciudad portuaria en el norte de Polonia, en la desembocadura del río Oder. <<

[126] Cannebière (en francés, «cañamar»): calle muy animada de Marsella. <<

[127] Port Saíd: ciudad portuaria el nordeste de Egipto, donde se encuentra el acceso al canal de Suez desde el Mediterráneo. <<

[128] Castel dell'Ovo (en italiano, «Castillo del Huevo»): castillo situado en el islote de Megara, desde el cual se contempla todo el golfo de Nápoles. <<

[129] Plaza de Cataluña de Barcelona: punto neurálgico de Barcelona, la tercera plaza más grande de España.<<

[130] Hillel el Viejo, o el Sabio (*ca*. 70 a. C.-10 d. C.): rabino y maestro judío. Fue el primer erudito que sistematizó la ley escrita. Según el filólogo francés Ernest Renan (siglo xix), fue maestro de Jesús de Nazaret. Su lema era: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti».<<

[131] Johannes Kepler (1571-1630): astrónomo y matemático alemán. Es sobre todo conocido por sus tres leyes sobre el movimiento de los planetas en su órbita alrededor del Sol. Fue entusiasta partidario de las teorías de Copérnico y sucesor de Tycho Brahe como matemático imperial de Rodolfo II. <<

[132] Nicolás Copérnico (1473-1543): astrónomo polaco. Ante las insuficiencias del sistema geocéntrico de Ptolomeo, postuló el heliocentrismo. Las pruebas de esta tesis fueron aportadas por Kepler y Galileo. <<

[133] Tycho Brahe (1546-1601): astrónomo danés. Es considerado el más grande observador de los cielos antes de la invención del telescopio. <<

[134] Se refiere a la Primera Guerra Mundial (1914-1918). <<

[135] *Physis*: en griego, «naturaleza». <<

[136]*Lunaparks*: el primer *Luna Park* fue un híbrido entre parque de atracciones y parque temático que estuvo abierto en Coney Island, junto a Nueva York, durante toda la primera mitad del siglo XX. Su primera y más famosa atracción se presentó en la Exposición Panamericana de 1901 en Buffalo: un «viaje» a la Luna para 30 personas en una nave que se balanceaba ante un enorme ciclorama. Luego el nombre se extendió a toda clase de parques de atracciones. <<